Reseña de libros

I

EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

XÉNOPHON.—*Le Commandant de la Cavalerie*. Texte établi et traduit par EDOUARD DELEBECQUE. Paris, Société d'édition «Les Belles Lettres», 1973. 111 pp. (prólogo y notas complementarias 79 pp.).

Comienza el editor de este opúsculo con la «notice», dedicada especialmente al contenido y a las circunstancias históricas de aquella época en el mundo griego. Incluye también un pequeño capítulo para informar sobre la tradición manuscrita.

Así, tras dejar ver el escaso rigor del estilo hace un análisis general del contenido, lo divide al modo tradicional, en nueve partes. En los primeros capítulos imagina el papel de la caballería en tiempos de paz. En los capítulos IV-VI ve la caballería fuera de Atenas, haciendo ejercicios en el campo para prepararse a la guerra. Finalmente, en los capítulos VII-IX se imagina la guerra declarada. Precisamente en éstos deja ver claro la importancia de la experiencia militar de Jenofonte.

La fuente principal del autor para este tratado es su propia vida. Delebecque nos muestra muy acertadamente los matices nuevos en el pensamiento del autor, ya septuagenario. Por una parte, une el sentimiento religioso con el sentimiento patriótico. Por otra, entiende que lo más importante para lograr la disciplina es estimular al subordinado e imponerse por la virtud del ejemplo.

Al ser como un libro de propaganda para atraer a la juventud hacia la equitación resulta una fuente importante de conocimiento de las instituciones y costumbres atenienses. Bajo este punto de vista es especialmente orientador el comentario que nos hace el editor.

El texto lo establece con cuatro manuscritos, que pertenecen a dos tradiciones separadas y a dos transliteraciones distintas. Una rama está representada por un solo mss., *B* (Vat. gr. 989, s. XIII), colacionado por el editor; la otra por tres, de los cuales colaciona el más importante, *M* (Marcianus gr. 511, entre el siglo XIII y XIV). Las lecturas correspondientes a los otros dos proceden de la edición de Marchant. Tiene en cuenta también la edición más reciente de Klaus Widdra (1964).

El problema más importante con el que se encuentra el editor es la proliferación de conjeturas que ha tenido el texto en las sucesivas ediciones. Su postura, acertada en general, para la constitución del texto es evitar en lo posible estas

conjeturas y conservar las lecturas de los códices. En determinadas ocasiones y con buen sentido crítico, ofrece una conjetura propia, así en el pasaje: V. I. 3, ego: ταῖς πρώτης; códices BM (los más importantes): ταῖς πρὸς τῆς; basada en razones paleográficas muy claras. En otras, en cambio, frente al acuerdo general de los mss. no se ve una necesidad grande de introducir una innovación, como en el pasaje, III. 9. 1, por citar un ejemplo: ego, διελασίαις; δοκιμασίαις codd... Tal vez le lleve a cambiar el texto un deseo de encontrar mayor sentido. En este caso, no lo vemos necesario.

El aparato crítico resulta cómodo y claro. En la mayoría de los pasajes recoge de un modo positivo todas las lecturas y no deja de citarlas por estar recogidas en el texto. Hace notar también las conjeturas de editores anteriores.

Las notas a pie de página ayudan inmediatamente a entender mejor determinados pasajes. Más ricas son, en cambio, las complementarias colocadas al final, sobre las instituciones y costumbres atenienses, sobre la relación de las ideas expuestas con el resto de los escritos del autor y de los otros escritores griegos. Contienen también explicaciones determinadas sobre sintaxis y el empleo particular del vocabulario. Sobre este último punto, muy útil y bien hecho resulta el apéndice dedicado al léxico, en una obra como ésta de tipo técnico.

Respecto a la traducción, me parece hecha con buen gusto y ajustada al texto. Aunque en algunas ocasiones se aparte de él se ve siempre la intención de recoger mejor el sentido de lo que el autor quiere expresar.

En conjunto, resulta esta nueva edición crítica digna de toda alabanza. Es una aportación interesante la revisión que hace del texto, mediante la colación de los dos mss. más importantes, y el enjuiciamiento crítico de las conjeturas anteriores. Por otra parte esta obra es un nuevo testimonio para el conocimiento de la vida ateniense: sus fiestas, sus monumentos, sus calles, sus plazas y sus instituciones.

MANUELA G. VALDÉS

XENOPHON.—*Cyropédie*. Tome II. Livres III-V. Texte établie et traduit par MARCEL BIZOS. Paris, «Les Belles Lettres», 1973, 133 pp.

Este segundo tomo contiene los libros III, IV y V de la *Ciropeida*. Continúa M. Bizos en él la labor comenzada hace dos años con la publicación de los dos primeros libros.

El editor nos introduce de inmediato en el texto. Se echa en falta unas notas al principio que informen sobre el contenido de los tres libros, así como otras complementarias al final de cada uno, en las que queden explicados los problemas concretos que surgen en torno al texto, al sentido y a las circunstancias históricas. No obstante, un comentario general a toda la obra nos lo ha ofrecido en el prólogo del tomo I (remitimos a nuestra reseña publicada en esta misma revista, 40, 1972, p. 506). En él el editor hacía alusión al poco interés del autor en la verdad histórica y a la importancia que, en cambio, da al engrandecimiento e idealización de su héroe. Trata distintos temas relacionados con Ciro y la historia de su país y finalmente hace un estudio dedicado al autor.

En cuanto al texto hemos expuesto en la anterior reseña los principales problemas que plantea la tradición manuscrita de esta obra y el modo de resolverlos en esta nueva edición.

Observamos, en general, en este tomo la misma postura que en el anterior para la constitución del texto. De las tres familias de manuscritos que transmiten la obra, representadas por las letras x , y , z y consideradas tradicionalmente por los editores, suprime una de ellas, el grupo x , sin darnos una justificación razonada de ello. Solamente lo cita en escasísimos pasajes como si fuese un editor más. Así en el libro III sólo lo he encontrado en el aparato crítico una vez. Para prescindir completamente de los mss. CE debería quedar demostrada una contaminación de esta rama con las otras dos.

Una vez desechado el grupo x (mss. CE), establece el texto con las otras dos familias, y (mss. DF), z (mss. HAG). De las cuales da una supremacía grande al grupo y . Siempre que existe una diferencia de lectura entre ambas familias, elige la variante de y , a no ser que esté muy clara la lectura defectuosa de esta rama. Una mayor consideración dada a la familia y que la tuvo entre los antiguos editores ya la vemos en la edición de Gemoll, corregida por J. Peters (1968). Consideración que valoramos justa y prudente ya que toda la tradición manuscrita de esta obra se destaca precisamente por no ser de buena calidad y no había motivo para minusvalorar estos mss. DF.

En un estudio que dedicamos al comportamiento de los mss. en la *Ciropedia*, en el trabajo de nuestra tesis doctoral (*El Manuscrito Escorialense T. III. 14, II, y el Texto de Jenofonte*), presentada en Madrid en 1973, llegamos a dos conclusiones que estimamos importantes para la valoración de los manuscritos:

1.^a No existen ejemplos en los que se pueda demostrar que la familia x es fruto de una contaminación de z e y .

2.^a Las familias xz (CE HAG) pertenecen a una misma línea de transmisión y forman un tronco en los libros I, II, parte del IV, V, VI, VII, VIII. En el libro III y parte del IV coincide en general la transmisión textual de las familias xy . Ambos grupos, xz y xy , son necesarios en la constitución del texto.

Entendemos que M. Bizos ha continuado en su línea de actuación la de J. Peters, llevándola aún más al extremo. Sin justificar esta radicalidad en la elección de y , ni la supresión de x .

Ha resuelto de este modo el problema complejo de elección de variantes, pero tal vez se ha dejado llevar con poco rigor científico de la autoridad dada de principio a la familia y .

Es mérito de esta edición tener en cuenta manuscritos que anteriormente estaban descuidados y fragmentos nuevos de papiros según la reciente edición de A. Pack. Con buen sentido crítico evita en algunas ocasiones conjeturas de anteriores editores y respeta la lectura de los códices.

Tal vez sería pedir mucho a una edición la revisión de las colaciones de los manuscritos; pero los numerosos ejemplos de lecturas, deducidos por nuestra colación del ms. II respecto al libro I (véase nuestra anterior reseña) y en este tomo en cuanto al libro III, demuestran la necesidad grande de una revisión para esta obra si se quiere que tenga cierto rigor científico.

Citamos a continuación los errores que encontramos para el libro III por la edición de Marchant:

Cit. ed. March.	Ms. Scor. (H)	Ed. M. Bizos
III, 1, 3, 15	δέ	δή
11,4	τρόπον τινά	τινά τρόπον
21,4	τ'άληθῆ	άληθῆ
21,8	οὐκ ἐξημπέδου	οὐκ ἡμπέδου
27,19	μετά	μέγα
31,7	πάντα τῶ	τῶ
42,14	ἀπολήψομαι	ἀπολήψομεν
2, 5, 28	ἔπεισθε	ἔπεισθε
13,19	βούλεσθαι H ₁ βούλεσθε H ₂	βούλεσθε
III, 3, 2,6	δ'οὔν	δέ
6,17	διεδωρεῖτο	ἔδωρεῖτο
25,25	προήσαν	προῆσαν
31,23	ἡμῶν	ὕμῶν
50,6	ἀλλ'οὐ γε μήν	ἀλλ'οὐδέ μήν
55,9	ἔσεισθαι H ₁ ἔσεισθε H ₂	ἔσεισθε

El aparato crítico por una parte queda reducido por la supresión de la transmisión textual de un grupo de manuscritos; pero por otra es enriquecido con nuevas variantes aportadas por los mss. y papiros que hasta ahora no se habían tenido en cuenta. Recoge también las conjeturas de anteriores editores.

Finalmente, queremos señalar en cuanto a la traducción el buen gusto, la fluidez de estilo y a la vez el respeto, en general, al texto griego.

Resumiendo, podemos hacer notar las siguientes cualidades de esta nueva edición: Tomar una postura valiente y simplificadora, aunque extremista y poco razonada, ante el complejo mundo de los mss. que transmiten la obra. Tener en cuenta nuevos fragmentos papiáceos y mss. que antes no se conocían o estaban descuidados y ofrecer una traducción hecha con buen gusto y a la vez bastante fiel al texto.

MANUELA G. VALDÉS

Anthologie Grecque. Première partie. Anthologie Palatine. Tome X (Livre XI).
Texte établi et traduit par ROBERT AUBRETON. Paris, Société d'Édition
«Les Belles Lettres», 1972. x + 302 pp., de ellas 156 dobles.

Con la feliz aparición de este décimo tomo de la *Antología Palatina* ya se va viendo el fin de la lenta obra que, comenzada por Waltz el año 1928, está ya sólo a falta de parte del libro IX y del X, XII y XVI, de los que el último corresponderá ya, dentro de la *Antología Griega*, a los epigramas recogidos sólo por Planudes.

Su editor, Robert Aubreton, autor ya de tres importantes artículos sobre este campo, «La tradition manuscrite des épigrammes de l'Anthologie Palatine», *REA*, 70, 1968, pp. 32-82, «Sur une édition de l'Anthologie Palatine», reseña de la ed. de Beckby en *Bull. Assoc. G. Budé*, 1967, 3, pp. 347-350 y «L'archétype de la tradition planudéenne de l'Anthologie grecque», *Scriptorium*, 22, 1969, pp. 69-87, ha realizado una gran labor.

Contiene este volumen una larga y cuidada introducción (pp. 1-70) en la que estudia la tradición manuscrita (el *Palatinus gr.* 23 y el *Marcianus* 481; las *Syllogae minores*, *Euphemiaca*, *Parisina*, *Vaticana*, etc.; otros códices), terreno en el que es experto (conocido es su *Démétrius Triclinius et les recensions médiévales de Sophocle*, París, Les Belles Lettres, 1949); las atribuciones y lemas; la composición del libro; la forma literaria de los epigramas; más tres apéndices sobre Lucilio, los lemas de la sección II en el autógrafo de Planudes y los epigramas compuestos en otros metros distintos del dístico elegíaco.

Su análisis sobre los lemas le lleva a un útil saneamiento con respecto a la ed. de Beckby; atribuye, p. ej., los epigramas 8 y 244 a Nicarco, el primero de ellos con Stadtmüller; el 86 a Lucilio con Robert; el 273 y 343 a Palas con el manuscrito C y Planudes respectivamente; considera anónimos los epigramas 117, 223 y 238 frente a las atribuciones a Estratón, Meleagro y Demódoco de Beckby, aún de pequeñas variantes en los lemas de varios epigramas.

En la fijación del texto se muestra Aubreton conservador. Parcas son sus conjeturas, entre las que resaltan un <ήπιος> en 279, 1, donde P ofrece laguna, conjetura bonita, pero no demasiado segura, y el κομέουσαι de 361, 1 frente al antimétrico κοιμέουσαι de P, conjetura a nuestro entender innecesaria por haber corregido ya Brunck en un más probable κομέουσαι. Son, en cambio, más frecuentes los lugares en que acepta conjeturas de Buffière, autor del tomo XII de la misma colección y revisor de este volumen: un <τήν δ' αεί κε> en 361, 8, donde hay laguna en P, o γ' αἴθεν en 411, 3 frente al γέτονα de los mss. y un ἀνείρεν conjeturado por Boissonade y aceptado por Beckby; χόπλοφορεῖν en 403, 4 frente a ὀπλοφορεῖν de mss. o πλοφορεῖν de Jacobs; ἐν δ' ἐνι αὐτῷ en 311, 3 frente a δ' ἐνι αὐτῷ de P; ἐνθα de 137, 6 frente al antimétrico ἐνθεν de mss. y ἐνθε de Friedemann. En muchos lugares mantiene las lecciones de los manuscritos frente a conjeturas que se encuentran en las eds. de Beckby o Gow - Page o en una de las dos. Destacan el ἐν θρη de 76, 2 frente al ἐνόρα de Brodaeus unánimemente aceptado; el δι' αὐτοῦ de 112, 3 frente al δὴ αὐτοῦ de Beckby con conjetura de Boissonade; πράγμασι en 144, 5 frente a γράμμασι de B. con Badius Ascensius; κακοστομάχων de 155, 4 frente a κακοστομάτων de B. con Escalígero, pasajes todos ellos quizá defendibles con la lección de los códices. Más dudoso parece, sin embargo, el μελέτη... οὕτως de 139, 3 de Aubreton con los mss. frente al μελετῶν... οὕτος de Escalígero y Salmasius, que suprime el difícil hiato; y el πάλιν de 370, 1 (*repugnantie metro servandum* reconoce Aub.), en el que quizá sea mejor resignarse a poner cruces como Beckby. Más grave, aunque es sin duda una errata, resulta la falta en 29, 3 de un ἢ después de λαγαρωτέρη, corrección de Schneider frente a la omisión de P, con lo cual el verso es incorrecto métricamente.

Las notas, muy extensas, se prolongan desde la página 229 hasta la 291 además de las que se encuentran a pie de página de las anteriores, y son claras y están bien redactadas por lo regular, salvo la excepción, quizá, de la 4, en p. 231, correspondiente al epigrama 12, donde se confunde a Filipo V con Filipo II, que

fue el que en realidad perdió el ojo, y donde debería escribirse *μονόμωτος* y *Mé-thone*; además quizá fuese conveniente señalar más claramente que en este verso se hace alusión a Polifemo (cf. Gow-Page).

En cuanto a la traducción, en lo que yo puedo juzgar, es buena y suficientemente ajustada al texto.

Erratas de poca monta y que no hacen desmerecer esta edición, por muchos conceptos muy valiosos, se encuentran en pp. 85, 31, donde debería leerse *ἀμφερέφει*; 113, 14 (*Démostrate*); 125, 16 (*κελάρυζε*); y 200, 21 (*ἔδιδαζε* y *ἔδικαζε*).

E. FERNÁNDEZ-GALLIANO ARDANAZ

CUNNINGHAM, I. C.—*Herodas. Mimiambi*. Edited with Introduction, Commentary and Appendices. Oxford, Clarendon Press, 1971. 248 pp.

Esta nueva edición, con comentario, de Herodas aparece después de unos años de descanso, por así decir, de los filólogos sobre este difícil texto y justo cuando puede enriquecerse, referente a la lengua, con el estudio sistemático a que Volkmar Schmid la ha sometido (*Sprachliche Untersuchungen zu Herodas*, 1968; cf. mi reseña en *BIEH*, 1970, pp. 55-56).

La introducción (pp. 1-19) comienza con una breve discusión sobre los testimonios antiguos de la existencia y cronología del poeta («external evidences», primero, y luego breve reseña de los datos complementarios que pueden sacarse a partir del texto mismo). De un conocido lugar de Plinio (*Ep.* IV 3,3) así como de datos del mimiambo IV se llega a la conclusión de que la actividad de Herodas como poeta «belongs to the late 70s and early 60s of the third century B. C.», conclusión, a mi juicio, inadecuadamente precisa (cf. *EMERITA*, 37, 1969, pp. 353-365). Sigue luego una referencia —que debe ser completada, como se advierte en nota, con la introducción a cada poema en particular— a la escena o a los lugares citados en cada mimiambo; la apreciación de que «the places in which the scenes of his poems are set or which are mentioned in them are not necessarily the ones with which he had a close connection, especially in an age of easy travel» es exacta. Sobre el mimiambo VIII, al que por su carácter personal y alegórico se hace referencia a continuación, volveremos más adelante.

Crítica y muy completa, la mejor parte de la introducción es la dedicada al género de los poemas de Herodas (pp. 3-17) que comprende un bien informado estudio sustentado sobre la discusión sucesiva del significado e historia de los términos *μῖμος*, *ἱαμβος* y *μυμῖαμβος*. La última parte de esta introducción consiste en una sucinta descripción del Papiro del British Museum (P) y una suficiente referencia al de Oxirrinco 2326 (O) identificado por Barigazzi para el texto de Herodas (*MH*, 12, 1955, pp. 115 ss.). El texto de Cunningham se basa, según él manifiesta (p. 18) «on a fresh examination of P».

Las pp. de la 21 a la 24 son ocupadas por una bibliografía que no quiere ser completa, sino sólo «a list of the more important editions and general articles» citados en algún lugar del libro. La lista de ediciones tiene intercaladas, entre cita y cita, apreciaciones críticas, muy breves, del propio Cunningham, quizá injusta la dedicada a la de Cataudella (1948) y casi sibilina aquella («not one of the best texts of this series») con que se regala a la Budé de Nairn y Laloy.

El texto constituye la parte más importante de este libro: la lectura del papiro es, en general, segura y rigurosa; pero los problemas del editor de Herodas no acaban aquí, y queda en pie el tan difícil de la atribución del texto a los distintos personajes, no siempre resuelto por los signos que aparecen a veces al efecto (*«paragraphoi are not infrequently omitted, seldom wrongly inserted»*, ha notado Cunningham en p. 18). Sin embargo quedan serias dudas respecto a muchos puntos, algunos afectando a problemas muy concretos y otros más generales. Como sería excesivo reseñalarlas aquí todas, por dar sólo una idea me refiriré, a modo de ejemplo, a los dieciséis primeros versos del primer mimiambo.

I, 5. Sobre el nombre de la hija de Gílido el aparato crítico dice lo siguiente: «φιλαινον P me teste (φιλαιν[ι]ου teste Kenyon), 'νιδος' in margins, y la lectura aceptada es Φιλαινίδος en cuya defensa se aduce el hecho de que Filenis es el nombre de una hetera, aunque se reconozca que Filenion «would do likewise», pero completando tal reconocimiento con un enigmático «but less clearly» (?). Por lo demás, a mi juicio, y a partir de las fotografías de P de que dispongo —excelentes fotografías que debo a la amabilidad del prof. Fernández-Galiano—, lo que se lee en el v. 5 es justo lo que Kenyon leía, existiendo espacio y aun trazas de una iota en el lugar por él señalado. Y referente a la profesión de la joven, incluso si se llama Filenion, véase por ejemplo el comentario de Puccioni *ad loc.*

I, 6-7. Puede que, en última instancia, la disposición aceptada por Cunningham sea la adecuada (lectura del v. 7 según Danielsson y Herwerden), pero, en todo caso, no puede decirse de su modo de despachar la cuestión en el comentario que sea también el adecuado. Algo hay en la línea 7 tras la primera palabra, καλι, (interpretable como κάλει o como καλει, y también, se ha creído como καλει <ν>), quizá no un resto de letra, como creía Meister en su edición (Leipzig, 1893), pero sí al menos algo como una rayita horizontal. En todo caso, no podía dejarse al margen la discusión de este problema en M. F. Galiano y L. Gil (*Studi in onore di Gino Funaioli*, Roma, 1960, pp. 67-71), y es posible que la solución deba buscarse allí y no en el comentario ni en el texto de Cunningham.

I, 16. La corrección de χη del P en και por Valckenaer no parece fundada. Hay que leer κη y la grafía del P. es la usual en buen número de casos parecidos. La corrección και para interpretar la expresión siguiente como comparativa es caprichosa; el ejemplo de VI 14 es cierto, pero el que allí sea así no basta para asegurar que lo sea aquí. Y lo que tampoco se ve muy claro, dicho sea de pasada, es cómo Cunningham aduce este último lugar si allí su interpretación excluye explícitamente el que se trate de un comparativo del tipo que preconiza en el primero («identification in function, not comparison»). Puede que, en algún lugar (por ejemplo, a mi juicio, en VI 81, si se respeta la lectura del P, lo que Cunningham no hace), deba conjeturarse esta comparación sin ὡς de que hay ejemplos en Puccioni a VI 14, pero no hay razón, que yo vea, para obrar de este modo con respecto a I, 16.

Los casos podrían ser más y tomarse de otros lugares. Más adelante se verá en otro concreto. Ahora, siguiendo con la descripción del libro de Cunningham, señalaremos que el comentario es normalmente suficiente y en varios puntos (I 18, por ejemplo, por seguir con el mimiambo I) acertado frente a opiniones de peso en sentido contrario. El comentario, impreso no al pie sino después de la edición (pp. 57-206), va precedido, antes del comienzo de cada mimiambo, por una introducción según el esquema expositivo siguiente: «Subject», «Characters», «Purpose», «Structure», «Sources», «Scene», «Date». A veces se dedica también

un apartado al título y en el VIII otro a los intentos de reconstrucción, así como, en el VII, hallamos otro que versa sobre los precios en el taller-comercio de Cerdón.

Como el mismo Cunningham reconoce (y suple la laguna con una acertada recomendación bibliográfica: p. v) no hay en el libro una información suficiente sobre el sentido y la valoración de la poesía de Herodas. En la misma p. v, inicial del prefacio, Cunningham declara que su segundo objetivo, tras el de establecer un texto lo más posible al escrito por Herodas, consiste en «to determine where possible what he meant». Como ya era de esperar, visto su artículo en *C Q N. S.* 14, 1964, pp. 32 ss., en este intento por determinar lo que significan los poemas de Herodas iba el lector a encontrarse con una ingeniosa interpretación del mímiambo VII que, en sustancia, radica en considerar que el zapatero no vende zapatos, como sería de esperar, sino utensilios del tipo de los conocidos por el mímiambo anterior, y ello con base a la identidad de nombres entre el Cerdón del VI y el zapatero del mismo nombre en el VII y la Metro del uno y la parroquiana del mismo nombre en el otro; con base también en los lugares 62-63, 108-112 y 127-129 del VII mismo. El lugar más aparentemente a su favor es el segundo: están, las mujeres y Cerdón, regateando; Cerdón quiere vender y Metro quiere que ellas compren (verosíblemente —ya veremos— por obra y gracia de una comisión que el zapatero tiene acordada con ella por cada compra que de su mercancía haga una amiga suya), pero también quiere quedar bien con ellas, como una «amiga» que les lleva «desinteresadamente» al zapatero mejor y más barato; en consecuencia es ella, que lo conoce, quien más presiona al zapatero (aparentemente, al menos) para que rebaje los precios. Cerdón no puede sino seguirle el juego y finge una sensacional «rebaja» (vv. 104 ss.) y antes de que Metro siga presionándole en este sentido le sale al paso con un «no me repliques» (v. 106), seguido por una serie de consideraciones que son las que le han parecido a Cunningham sustentar su interpretación: «... que tu voz, incluso a mí, el zapatero, que soy de piedra, podría animarme a volar hasta los dioses. Porque tú no tienes lengua, sino un filtro de placeres». En consecuencia, si Cerdón se siente galante y le echa un cumplido a una mujer a la que, teóricamente, pretende engatusar con su mercancía (y a la que conoce, además), es que lo que Cerdón vende no son zapatos, sino consoladores.

Me temo que una conclusión en este sentido es arriesgada, y hasta gratuita. Puede incluso que en el v. 112 los «labios» de que se trata sean los que dice Cunningham, pero, en todo caso, se habla explícitamente de un hombre, y el pasaje sigue sin poder sustentar una opinión tan tajante como la suya. Por lo demás, si no se está de acuerdo con ella, los vv. 127-129 han de hacer referencia a lo útil que resulta Metro proporcionándole compradoras a Cerdón, y es lógico que éste piense en conservarla (aunque sea con «remiendos», o sea, tal vez regalándole los zapatos de color rojo, tal como él mismo dice en 128). En cuanto al primero de los pasajes de referencia, el lugar 62-63, se trata tan sólo de la manipulación tendenciosa, por parte de Cunningham, de un texto difícil en que se cita un proverbio, conocido también por el escolio a Teócrito, X 63; si el sentido de este escolio se compara con el lugar de Herodas, tras haber confrontado el comentario de Gow (II, p. 195) y la interpretación sintáctica que para el pasaje de Herodas preconizan Knox y Headlam (p. 347), la interpretación puede ofrecer diversos matices o llevar incluso a ciertas arbitrariedades (cf. Puccioni, p. 151), pero, en todo caso, se comprenderá lo gratuito de la afirmación de Cunningham, para la que él mismo remite al v. 112.

Y volviendo, a propósito de esto, a problemas concretos referentes al texto, se podría celebrar la lectura λεία en el v. 57 (de este mismo mimiambo) en vez de la corrección Χία de Headlam, si no fuera porque el comentario da la razón de esta preferencia; se trata de un «easily understandable epithet of shoes, even more of haubous (cf. G. 71-2)». Para la solución de este verso debe consultarse, a mi juicio, L. Gil en EMERITA, 22, 1954, p. 212. Ahora bien, la objeción más general y suficiente a la interpretación de Cunningham yo creo que es ésta: que Herodas no ha tenido ningún rubor en llamar a las cosas por su nombre en el anterior mimiambo y que, yo al menos, no sé ver por qué razón deba aquí hablar en dos planos (uno «real», los utensilios a que se refiere Cunningham, y otro «fingido», los zapatos a que constantemente se refiere el texto de Herodas). Por otra parte, cuando el poeta se ha puesto a construir una pieza alegórica, en el mimiambo VIII, es bastante claro (a pesar del mal estado en que este poema nos ha llegado) que ha ofrecido todos los indicios suficientes para que desde el principio no nos cupiera ninguna duda sobre el hecho de que estábamos, efectivamente, ante un texto sucesivamente inteligible en dos planos (y no uno real y otro fingido, sino los resultantes de la relación entre símbolos del sueño y su aplicación a la valoración y al carácter de la poesía misma de Herodas). Pues bien, estos indicios suficientes no pueden ser los argumentos de Cunningham para el VII. Aunque, si bien se mira, es probable que él entienda justo lo contrario, cuando, refiriéndose al VIII y tras haber afirmado aquello realmente seguro, pero insuficiente (que habla Herodas, que el tema es su poesía, que se defiende de sus críticos y que confía su obra al tiempo), escribe: «that has not prevented some scholars from speculation». En mi opinión, mejor es especular (con mínimas garantías) sobre lo incierto (cuando no hay forma de tener la certeza de algo), que especular sobre lo que parece seguro para convertirlo en incierto y sin que la cosa pase a mayor trascendencia. Y entiendo que el conjunto de datos que proporciona el mimiambo en su estado actual es perfectamente susceptible de una sistematización que arroje más luz (a pesar de algunos inevitables, pero no tan numerosos, cabos por atar) que la aportada por Cunningham a la interpretación de esta compleja pieza de Herodas.

Cierran la obra tres interesantes apéndices («Variations from P not noted in the Apparatus», «Dialect and Prosody» y «Metre») seguidos de unos utilísimos índices (de palabras, general y de lugares de otros autores —sólo griegos— aducidos en el comentario). Y no querría cerrar esta reseña sin reconocer que el texto de Herodas se presta a muy encontradas interpretaciones y manipulaciones, que sigue distinguiéndose por su difícil complejidad y que el libro de Cunningham será, por el texto editado, imprescindible para los futuros editores, y su comentario (en algunos lugares positivamente y en otros quizá no tanto) consulta obligada para los estudiosos de Herodas y de la poesía helenística en general.

C. MIRALLES

CICERÓN.—*Les paradoxes des Stoiciens*. Texte établi et traduit par JEAN MOLAGER. Paris, Collection des Universités de France, Soc. d'édition «Les Belles Lettres». 1971, 159 pp. (92 a 129 pp. dobles).

El texto de las *Paradoxa Stoicorum*, conservando entre los *Topica* y el *Lucillus* en el *corpus philosophicum* de Cicerón que comprendía ya en el siglo IX un

conjunto de nueve obras, no tiene, como dice Molager, una historia aparte. Los pasajes sometidos a discusión por el editor francés son pocos y, al igual que otros de la misma obra, plantean más problemas de interpretación que de transmisión del texto. Por eso, en esta edición, son dignos de atención y aplauso los análisis de estilo (pp. 67 a 73) y de las cláusulas (especialmente la estadística y observaciones de las pp. 153 a 156).

Esta pequeña obra de Cicerón, escrita según Molager entre febrero y marzo del año 46 a.C., es entendida por el editor francés, que sigue a Michel en su libro de 1960 y a Kumaniecki (*Philologus*, 101, 1957), como un ensayo político de actualidad —una *consolatio*, al mismo tiempo que un mensaje al destinatario M. Bruto—. Las ideas filosóficas, como dice Michel con referencia a este y otros tratados de los últimos años de Cicerón, constituyen «un material de pensamiento» de que el autor dispone según las exigencias de la situación política de Roma. A este respecto son interesantes las comparaciones, que siguiendo las investigaciones de los dos autores mencionados, establece Molager entre las ideas y el texto de las *Paradoxa* y otros en que Cicerón comenta, a veces en sentido incluso contradictorio con el que expone aquí, las mismas tesis estoicas: el discurso *Pro Murena* (año 63), el tratado *De finibus* y las *Tusculanas*. Como subraya con acierto Molager, en las *Paradoxa* resalta muy expresivamente el recurso a los ejemplos históricos romanos en la articulación de la línea argumental, que es tan característico de Cicerón y de los filósofos y ensayistas romanos posteriores. Precoentemente son el punto de partida de una exposición en cuyo desarrollo surge la «tesis» o paradoja como consecuencia de una inducción histórica que luego se articula en forma de silogismo. A todos estos efectos la extensa introducción de Molager es un útil y sugerente trabajo de puesta al día de la cuestión.

En el texto el editor francés se separa pocas veces de Plassberg (Teubner, 1908). En algunos lugares el aparato crítico de Molager es confuso y obliga al lector a confrontaciones enojosas con las prolijas notas complementarias añadidas al final del volumen (§§ 5, 7, 27 y 37). En el primero de ellos (*non enim est tale ut in arce poni possit quasi Minerua illa Phidiae, sed tamen ut ex eadem officina exisse appareat* codd. aliq., Plassberg) parece evidente que se trata de dos antiguas versiones o de una glosa tempranamente incorporada al texto; pero también a la frase de *sed tamen*, el segundo *ut* podría entenderse como correlativo con un *ita* o *sic* implícitos. La expresión *pecuniae membra* (§ 7) de los códices, que Molager acepta y que otros editores se esfuerzan en eliminar por medio de conjeturas, necesitaría apoyarse en más convincentes lugares paralelos de los que aduce el editor francés. La conjetura *conscientiam* (por *constantiam*), que da lugar a la expresión *diuinam animi mei conscientiam*, tampoco está sostenida con suficientes argumentos. La traducción es brillante y, generalmente, clara. No obstante, en algún lugar resulta ambigua: por ejemplo en el § 2, donde Cicerón emplea el *plurale auctoris* (*nobis, nos*) que es traducido una vez por el singular y otra por el plural francés, dando la impresión de que bajo este «nous» se entiende tanto al autor como al destinatario, Bruto. También en el mismo proemio la traducción de *probare, probabile, probatum* —un permanente escollo para los traductores de escritos dialécticos latinos —no acaba de estar lograda.

A. FONTÁN

ESTACIO.—*Aquileida*, texto establecido y traducido por JEAN MÉHEUSET. Paris, Collection des Universités de France, Soc. d'édition «Les Belles Lettres», 1971. LI + 106 pp.

Un volumen más en la benemérita colección francesa que se esfuerza en proseguir sin pausas la labor de dotar al mundo de la cultura de ediciones de garantía de los autores clásicos. Con este volumen se viene a llenar el hueco todavía existente en la obra de un autor no por secundario menos interesante como Estacio. Sin embargo la alegría que supone encontrarse con un nuevo libro queda apagada cuando el lector llega a la página LI de la introducción y se encuentra con una nota descarnada en su brevedad y tristeza: «M. Jean Méheuset est décédé le 20 mai 1970. M. J. André a assuré la publication de la présente édition». El prólogo lleva fecha del mismo mes y año. No ha podido contemplar el erudito editor la obra definitiva, pero en este mundo, a veces cruel, de la cultura, importa sobre todo la obra ofrecida y no el éxito más o menos halagador de vanidades de un momento: por eso hoy sin la presencia del editor su figura y a la par su vocación de estudio por el poeta, maltratado por el olvido y por sus propios defectos que nadie ignora, se nos aparecen doblemente importantes. Muerto en silencio como sólo lo hacen quienes están seguros de haber laborado con honestidad. Porque si hay algo que salta a la vista en la lectura del prólogo es que Méheuset ha trabajado el texto de la *Aquileida* con inmenso cariño y no menos carga de conocimientos. La introducción nos da noticias generales sobre la vida de Estacio, relegando la discusión erudita a las notas de pie de página con lo que consigue el editor una prosa fluida que conduce pronto a la parte más ecuánime y apasionante de su introducción: lo que habría podido ser la *Aquileida* y lo que es la *Aquileida*. Sensibilidad y claridad de juicio, entrando en polémica correcta, no exenta de fuerza cuando es preciso y de originalidad cuando busca como fuentes de inspiración de Estacio las piezas de arte que estudia la arqueología, al lado de las propiamente literarias. Se cierra el prólogo con el apartado de los manuscritos que es imprescindible a una edición crítica. Cuando el lector llega al final del canto II del poema, comprende bien que lo mejor que haya podido pasar con el poema es que quede incompleto. Es en este II canto donde una apacibilidad y brillantez de estilo nos dejan ver lo que la farragosidad de antes dejaba oculto en Estacio, que ha encontrado aquí un editor que tratando con cariño la letra dormida del viejo poeta nos lega su última enseñanza, la más verdadera. Y el libro se cierra con una inevitable tristeza; sólo queda que alguno de los lectores aprenda y practique la enseñanza y pueda continuar la labor de edición de textos antiguos. Hay en estas páginas toda una invitación que bien merece la pena oír. Un solo reparo, insignificante y casi innecesario de señalar, en el v. 162 del canto II se ha escrito *ferre* donde debiera ser *ferro*; la traducción y, antes, el buen sentido crítico del lector lo subsanan.

E. OTÓN SOBRINO

ESTACIO.—*Thebaidos liber decimus*, edición y comentarios de R. D. WILLIAMS. E. J. Brill, Lugdini Batavorum 1972. 139 pp.

R. D. Williams acomete aquí el estudio detallado y pormenorizado del décimo libro de la Tebaida. Ha dispuesto la edición según el siguiente esquema: una

introducción donde se estudia la vida y obra del poeta y lo que a nosotros nos parece más importante, las cualidades literarias. Alcanza su agudeza más notoria en las pocas y sin embargo muy maduras líneas sobre el tema de la violencia y la piedad, resaltando en definitiva el desfallecimiento de Estacio que se ve rebasado por las crueldades, gratuitas casi siempre, de la vida. El estudio de los manuscritos, la presentación del texto en edición crítica y un jugoso comentario donde no se desperdicia dato ninguno —desde la explicación estilística (por ej. *almi* en el v. 13) hasta la especialización del significado de *opes* en el v. 3, pasajes paralelos del autor mismo o de otros escritores bien latinos o griegos—, dan las aclaraciones precisas, doblemente útiles por su claridad y brevedad. A esto se añade el hecho de que el autor además ha querido cerrar su libro con un índice de palabras y conceptos comentados, que facilita grandemente la consulta del dato que se precisa. Es ésta una manera de trabajar interesante, porque al concentrar la atención sobre un solo canto, hace que el estudio pueda ser más ponderado y más detallado. De ahí que en este estudio se haya destacado con todos sus valores intrínsecos ese pasaje verdaderamente feliz de la pluma de Estacio que es la caverna del sueño. El libro está bien presentado y su lectura se ve facilitada por el conocimiento grande que el autor tiene sobre las distintas materias que le han sido precisas a Williams para presentarnos este puñado de páginas en muchos momentos modélicas.

E. OTÓN SOBRINO

A. KNECHT.—*Gregor von Nazianz. Gegen die Putzsucht der Frauen* (Wissenschaftliche Kommentare zu griechischen und lateinischen Schriftstellern). Carl Winter, Heidelberg, 1972, 147 pp.

F. Lefherz en su disertación presentada en 1958 en la Universidad de Bonn (*Studien zu Gregor von Nazianz. Mythologie. Überlieferung, Scholiasten*) indicaba a propósito del texto de las poesías: «So viele Arbeiten wir über die Briefe Gregors haben, so wenige haben wir über seine Gedichte» (p. 89). Efectivamente, los trabajos de preparación de una edición crítica a cargo de L. Sternbach se perdieron casi por completo con motivo de la última guerra. Después de la muerte de Sternbach la Academia Polaca de las Ciencias encargó la edición de las poesías al Profesor Kunaniecki, quien al parecer no publicó nada. Entretanto la Comisión «für Spätantike Religionsgeschichte» de la Academia de Ciencias de Berlín acogió entre sus proyectos una edición de las poesías de Gregorio (Cf. K. Aland, *Das Institut für griechisch-römische Altertumskunde. Protokoll der Eröffnungssitzung vom 23-26 Okt. 1955*. Berlín 1957). H. M. Werhahn, el editor del poema de Gregorio Σύγκρισις βίωσιν, Wiesbaden 1953, comenzó con la reunión de materiales. Pero, que yo sepa, no se conoce aún el editor definitivo de las poesías.

El esfuerzo de estas grandes empresas que superan a veces las posibilidades y la paciencia de una sola persona se ve compensada cuando aparecen trabajos como el de A. Knecht. Aunque se limita a la edición de una sola poesía de 334 versos, el tratado-diatriba contra las mujeres que se adornan y maquillan (κατὰ γυναικῶν καλλωπιζομένων), supone una gran aportación a la mejora del texto y al conocimiento de la lengua y los *topoi* empleado por Gregorio. La edición, con

traducción alemana sinóptica, va acompañada de un aparato crítico en el que se registran las variantes de algunos manuscritos cotejadas con las de las ediciones más antiguas; no supe por tanto a una edición crítica, empresa difícil de momento pues tendría que tener en cuenta toda la tradición manuscrita de las poesías. Pero no por eso deja de estar justificada; ya que mejora las ediciones anteriores y provoca una serie de estudios de lengua, léxico y crítica literaria que no se deben retrasar hasta que aparezca la edición crítica definitiva, es más, que pueden repercutir indirectamente en los textos críticos.

A continuación del texto viene un estudio de los principales motivos de la tradición griega empleados por Gregorio, desde Hesíodo y Simónides pasando por la sofística, la filosofía del siglo IV, la comedia y la filosofía popular helenística. Por encima de las escasas citas bíblicas predomina un tono homérico de fondo, giros y pensamientos de la tragedia ática y de la comedia, pasajes de Tucídides, Platón, Aristóteles y un fuerte influjo del epigrama que confirman la intensa formación clásica del autor. El comentario detallado de los distintos pasajes en el que se persigue la historia literaria de las invectivas contra los adornos femeninos me parece la mayor aportación y la parte más enriquecedora del estudio. Gregorio no sólo se inspira en la abundante literatura clásica sobre el tema sino que se permite crear de propia cosecha un mito etiológico sobre el origen del rubor (vv. 187-210), privilegio de los buenos, a los que Dios hizo que se les sonrojara las mejillas para distinguirlos de los malos y desvergonzados. El catálogo de adornos condenables (vv. 227-252) es un testimonio cultural de primer orden sobre el tocado y maquillaje femeninos de la época del autor, aunque no se pueden olvidar los lugares paralelos de la comedia y filosofía popular helenística en donde se critica el atuendo femenino y sobre todo los pasajes de Clemente de Alejandría en el *Pedagogo* e Isaias 3,15 ss (*Septuaginta*) para la forma negativa de la diatriba. Por fin los índices facilitan el manejo de este comentario pormenorizado ya que aparecen todos los autores o antologías a los que hace referencia Gregorio en su poesía. La docena de casos en que se entremezclan citas de dos o más autores como modelos literarios sugieren el manejo por parte de Gregorio de florilegios o antologías que reunirían los testimonios de los antiguos sobre un mismo tema. El índice lexicográfico también es una contribución útil por cuanto aparecen recogidos dieciséis *hapax legomena* y buen número de palabras griegas con nuevas acepciones. Algunas de ellas como *δυσμενής*, *ἀλλότριος* como sinónimos del 'diablo' (v. 132), *ἀθλοφόρος* con el sentido de 'mártir' (v. 301) presentes ya en otros autores cristianos anteriores. Otras en cambio, como *πάνδημος* con el sentido de 'prostituta' (v. 24, tal vez por ser epíteto de Afrodita), *παραστάτις* como sinónimo de *παρθένος* (v. 321) y *ἄνθος* con el significado de 'color' (v. 56) no recogidas por el léxico patristico de G. H. Lampe.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

II

LINGÜÍSTICA

LEJEUNE, MICHEL.—*Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*. Paris, Klincksieck 1972. XII y 398 pp.

Resulta difícil hacer una reseña crítica de este libro; en primer lugar porque la novedad de titulación no impide considerarlo una tercera edición del bien conocido *Traité*: con esto, creemos, ya se adelanta un juicio concreto e importante sobre el trabajo de Lejeune. Esta tercera edición, vamos a llamarla así, tiene respecto a la segunda del *Traité* la calidad más de aumentada que de corregida, y el aumento, claro está, lo constituye la consideración del material micénico.

Dado que el manual de Lejeune es archiconocido y justamente estimado, vamos a limitarnos a pasar revista a algunas cuestiones en las que esperábamos alguna corrección, además de aumento. Y aquí topamos con una segunda dificultad: el profesor francés ha querido, y conseguido, hacer un manual intermedio entre los grandes y los divulgadores, y es columna vertebral de su logro el renunciar a aparatos eruditos, a discusiones prolijas de hechos concretos controvertidos, para limitarse a presentar los ejemplos, problemas y soluciones de aceptación general; por supuesto que todo ello según elección y valoración subjetivas del autor. En consecuencia no podremos hacerle reparos de si cita o no, sigue o niega tales o cuales hechos o teorías, y tendremos que conformarnos con examinar si todo lo que esta *Phonétique* contiene es opinión común y si toda la opinión común está en ella; advertencia necesaria: opinión común no es lo mismo que tradicional, al menos si ha de seguir siendo cierto que la ciencia se alimenta de la duda, y puede y debe, en cambio, ser sinónimo de opinión nueva, en más de un caso.

Es claro que la Fonología no elimina, sino que presupone la Fonética, pero ésta no puede dar ya, frente a aquélla, una explicación lingüística válida de la ley y las tendencias fonéticas: desde una perspectiva fonológica parece muy discutible que los cambios sean inconscientes, que haya que dividirlos en condicionados e incondicionados, etc. Con otras palabras, esperábamos una revisión a fondo del apartado «Lois et tendances phonétiques» (§§ 13-15), aprovechando logros tan definitivos como la Fonología Diacrónica y el saber que lo que ocurre en la segunda articulación puede estar muy condicionada por la primera. Aceptar esto tendría repercusiones notables tanto en el plano general teórico —definición y limitaciones de la ley fonética—, como en el estudio de hechos concretos. Sólo en § 14 se reconoce que el sistema fonológico puede favorecer o impedir el cambio, pero luego faltan aplicaciones prácticas de tal reconocimiento.

Hay dos apartados a los que quisiéramos dedicar una línea, el primero se ha convertido en la piedra de escándalo de la Lingüística Indoeuropea, ambos tienen bastante que ver con qué se entiende por Ley fonética: la cuestión larinal y las sonantes.

El hecho mismo de escribir *a* y no *H* ya quiere decir algo, y más que se siga hablando de «voyelle réduite», lo que se nos antoja desfasado y mal casable con las «quasi-sonantes» **a*₁, **a*₂, **a*₃, de que se trata más adelante: es obvio que en πᾶτήρ y en στᾶθμός estamos ante un mismo hecho, ante la fonologización (o conversión en vocal plena) de una vocal de apoyo a una *H* (o *a*) interconsonántica. Lejeune

prefiere no hablar de laringales, aunque reconoce tres timbres, las vocalizaciones específicas del griego (sencillamente analógicas de los grados plenos y/o posibles siempre por el timbre de *ə*), la aspiración de oclusivas sordas, hechos de prótesis (que, muy acertadamente, no imputa siempre a **ʔ*- inicial), etc., pero no menciona para nada el apéndice labial o palatal que acompaña siempre a la laringal y que no siempre se refleja en la evolución de ésta; sinceramente, las laringales con apéndice no son elucubraciones enfebrecidas y arbitrarias de Martinet, Adrados, Hamp, J. Gil, Liebert, etc., y es tal el cúmulo de cuestiones que aclaran o, cuando menos, sacan de la cómoda oscuridad de la letra pequeña y las hipótesis inconsistentes, que bien vale la pena hacer el esfuerzo de dedicarles un mínimo de atención: Morfología y Etimología nos lo agradecerían muy sentidamente. Es significativo que los puntos más oscuros de la Morfología griega sólo sean comprensibles desde la teoría laringal —me refiero a nombres ne-*ō*, en -*εὺς*, al perfecto en -*κ*-, etc.— y por ello parece exigible que los Manuales, aun los de divulgación, den acogida a algo más, a mucho más que los tópicos *πάτηρ: πῆδ*, *τίθημι: τίθημεν*, *ἴστανμι: ἴστανμεν*, *δίδωμι: δίδομεν*.

Claro es que en el fondo la renuencia a admitir buena parte de la teoría laringal es un falso *horror vacui*, un creer que se da beligerancia a la arbitrariedad donde debe reinar la «Ausnahmslosigkeit»: un no querer ver, en definitiva, que los laringalistas se limitan a definir mejor los contextos, tanto fónicos como formales, en que se impone una solución fonética o se extiende otra analógica. Que se rechaquen sus conclusiones ha de chocar a quien ve cómo, sin razón fonológica, se admite una serie de oclusivas palatales, que no es más que la realización en distribuciones determinadas de una única gutural; o a quien sabe que la evolución de las labiovelares exige distinguir contexto fónico y morfológico (*τέσσαρες: βάλω; λείπει, λείπει... no *λείτε, *λείτε...*); tampoco es caprichoso ni infrecuente postular divergencias en la evolución fonética por razones de silabación, por presiones de la primera articulación, ... sin que tengamos que alargar esta reseña con citas de ejemplos manidos.

Lo que acabamos de decir es aplicable a la vocalización de las sonantes indoeuropeas en griego. Hay estudios muy rigurosos de Adrados, Bader, Morpurgo, ... que han dejado bien claro que cualquier simplificación es inútil y acaba devorándose a sí misma en una cadena de recursos a la analogía, cuya fácil refutación, creemos, prueba que no es bueno explicar *obscura per obscuriora*. Lejeune no habla de otros timbres que *o* y *a*, con la repartición dialectal acostumbrada, y sólo para la sonante nasal admite un timbre *o* en micénico si precede consonante labial; es decir, se ha hecho un uso mínimo del único método que permite no escamotear la realidad. En cuanto a «sonantes voyelles longues» creemos que tal denominación no es sino un *modus dicendi* y que hay que asumir su estudio desde la teoría laringal (alargamientos compensatorios) y la primera articulación, aunque haya, eso sí, dificultades de interpretación morfológica.

Pese a todo lo expuesto, hay que dar una calurosa bienvenida a la obra de Lejeune; no queremos entrar en críticas de detalle a puntos concretos —por ej. *μήν* y afines ante la ley de Osthoff; revisión de «Création de nouvelles longues» a la vista de la bibliografía estructuralista —Ruipérez, Bartoušek, Lupaş, Katičić, ...— y vamos a terminar dejando constancia de que el balance respecto a la segunda edición del *Traité* es positivo: el material micénico, novedad principal, aparece presentado con la autoridad a que Lejeune nos tiene acostumbrados. Sólo es de lamentar, desde nuestra postura, que al profesor francés le haya faltado un tanto

de «hardiesse» en cuestiones clave que podrían reducir el uso de «obscure», «malaisé», «mal établi», etc..., y no porque el laringalista o el que no acepta los postulados teóricos neogramáticos tengan la panacea, sino porque, por ejemplo, se va haciendo ya tan difícil no creer en la laringal con apéndice (fonema, no «algebraische Größe» o similares) como ignorar la ley de Grassmann...; no volvamos a empezar la reseña, saludemos a esta *Phonétique* deseándole todo el éxito que merece.

J. J. MORALEJO

DE FOUCAULT, J. A.—*Recherches sur la Langue et le style de Polybe*. Paris, Les Belles Lettres, 1972. 396 pp.

Ciertamente se hacía ya necesario —como observa el propio Foucault un trabajo de conjunto de la lengua y del estilo de Polibio. Porque si bien se disponía de artículos y tratados sobre distintos aspectos, como los estudios sobre el uso del infinitivo relacionado con el griego bíblico, de Allen, sobre las oraciones finales, de Amelung, sobre las conjunciones, de Brief, sobre el fenómeno tan discutido del hiato, de Büttner-Wobst, sobre la rección de los casos y las preposiciones, de Krebs, sobre la formación de los nombres, de Limberger, etc., etc., faltaba, no obstante, un tratado que recogiera estos estudios y los presentara en bloque. Y precisamente esto es la finalidad del libro, muy oportuna, por otra parte.

A su vez, la distribución de las distintas materias es la habitual en este tipo de estudios: la primera parte (pp. 13-62) trata del vocabulario; la segunda (pp. 63-76), de la morfología; la tercera (pp. 77-200), de sintaxis; la cuarta (pp. 201-310), del estilo, subdividida en dos secciones: a) elección de palabras, b) la construcción de la frase. Por último, en un apéndice, un léxico de palabras particularmente polibianas, esto es, o sólo en Polibio, o a partir de Polibio, o con significado especial en Polibio, o exclusivamente poéticas antes de Polibio. El léxico, de hecho, configura la plasmación concreta de la parte primera del trabajo. Y es sobre todo a esta parte primera, es decir, sobre la parte dedicada al vocabulario, a la que prestamos atención en este breve reseña.

Desde luego, al estudiar este campo, lo que primero surge como problema es el conglomerado de todo tipo de vocabulario de la *koiné* tanto literaria como popular. Y a este respecto echo de menos el estudio de R. Adrados, *Estudios sobre el léxico de la Fábula esópica. En torno a los problemas de la koiné literaria*, Salamanca, 1948 (sólo citado por la reseña de Chantraine, *REG* 62, p. 282) y el mío que creo que explica ciertos problemas de este complicado campo, «Ensayo de un método lingüístico para la cronología de los diálogos de Platón», *EMERITA* 29, p. 241 ss., donde parto del hecho de que en Platón, sobre todo en los últimos diálogos, aparece gran número de términos por primera vez y luego frecuentes en los autores helenísticos. Pues bien, el autor se plantea desde el principio la cuestión de los términos poéticos que aparecen en Polibio y sigue aquí el criterio pragmático de Gautier: los que sólo se encuentran en textos poéticos. A mi parecer, es este criterio infecundo pues ello no explica nada y confunde dimensiones: un término que es sólo usado por los poetas, puede ser a la vez ático o jónico y su entrada en la *koiné* se realiza no en función de que es poético sino en función de que es ático o jónico. De hecho se observa que a mediados del siglo IV se crea una

atmósfera que permite el empleo de términos no exclusivamente áticos, sino también jónicos o jónico-poéticos sin que se observe intencionalidad especial en los autores y en los pasajes en que son empleados. En las *Leyes* de Platón se encuentra gran cantidad de vocabulario procedente del jónico o de la tragedia, no empleado en prosa y que luego se hace frecuente en la *koiné*. Este punto de vista no se encuentra recogido en el libro de Foucault, punto de vista muy previsible ante la obra de Gautier sobre Jenofonte. He tomado tres palabras al azar del léxico que al final nos presenta Foucault: ἀγκάλη, Aes., E., Hdt., X., pero también en *Leg.* 780 c y 790 d; ἀκρωτήριον, Hdt., Th., pero también en *Leg.* 942 e (no, en cambio, en *Crit.* 116 d que ofrece otro significado); ἄλιμενος, Aes., E., Th., pero también en *Leg.* 704 b. Sirvan sólo estos ejemplos como muestra: Foucault no alude a Platón y ello es muy importante, hasta el punto de que es este autor, sobre todo en la *Leyes*, una de las vías por la que comienza a formarse la *koiné*. De otra parte, aquellos términos marcados como poéticos, siempre se registran de una u otra manera en algún autor jónico o ático. Ello indica la dificultad que todo estudio genético sobre el vocabulario de la *koiné* encierra. E indica asimismo el espíritu vivo de investigación del autor, gran conocedor de Polibio. Hay que agradecer a Foucault este trabajo, llevado con sencillez pero también con profundidad, por cuanto resume y proporciona una visión de conjunto sobre la lengua del historiador megapolitano, tan de moda en estos últimos años.

A. DÍAZ TEJERA

HERRERO LLORIENTE, VÍCTOR-JOSÉ.—*La lengua latina en su aspecto prosódico*, Madrid, Gredos, 1971. 269 pp.

Con alegría enorme acogimos hace algún tiempo la aparición de esta prosodia latina, obra de un autor español, el profesor Herrero Lloriente. En efecto, pensamos de inmediato que nos encontrábamos ante un nuevo manual, sobre un aspecto de sumo interés en nuestros estudios, para uso de los alumnos de Filología clásica, siempre agobiados por la necesidad de estudiar casi todo en libros relectados en lenguas extranjeras. La lectura de su *Introducción* nos hacía mantener esa esperanza: «tan sólo trata de recoger algunos de esos granitos del montón, para ofrecerlos lo más limpios posible al estudioso no especialista, al alumno que busca un guía o un plato, siquiera panorámico, de un determinado sector de la filología latina» (p. 7).

El contenido de la obra queda claramente indicado en la misma «Introducción»: «Todos los apartados del presente libro se agrupan y giran en torno a dos problemas fundamentales, que son los ejes de la prosodia latina: el acento y la cantidad; ellos constituyen los dos más amplios capítulos de este manual» (p. 7)... «Por estar íntimamente relacionados con los problemas prosódicos, he incluido aquí los capítulos dedicados al alfabeto, la pronunciación y la lectura de los versos latinos. Asimismo hago un alto para contemplar el saturnio, por entender que este tipo de versificación queda a medio camino entre la prosodia y la métrica» (p. 8).

No nos disgusta la idea de la obra en sí, sobre todo si pensamos en la enorme dificultad que presenta buena parte de la temática en ella tratada. No obstante, hemos de confesar inmediatamente que contiene muchas cosas para las que no

encontramos explicación lógica. ¿No sería de esperar que el cap. VII («Conceptos y teorías sobre prosodia y métrica») comenzase la obra, en vez del dedicado al alfabeto, y nos indicase por qué caminos se va a mover el autor, antes de adentrarnos en la lectura? Primer rasgo de desorganización extraña, pero justificable cuando, al acabar de leer el libro, comprobamos que el autor nos ha llevado por un laberinto de caminos ajenos: la obra no contiene aportaciones nuevas, ni siquiera ofrece demasiada luz cuando repasa multitud de teorías repetidas una y mil veces en trabajos anteriores. Justifiquemos nuestras afirmaciones con un ejemplo claro: ¿qué añade el cap. III («El acento latino»), en sus páginas 51-57, al ya viejo, pero siempre útil, estudio de L. Laurand «L'accent grec et latin. Remarques et bibliographie choisie» (*RPk* III 12, 1938, pp. 133-148), o al estupendo repaso que sobre la bibliografía de veinte años ofrece Ph. Wl. Harsh en su «Early Latin Meter and Prosody 1935-1955» (*Lustrum* 3, 1958, pp. 215-280)? Creemos sinceramente que nada. Por su parte, el cap. VIII («Principios, reglas y fenómenos de la cantidad en latín») es, en gran medida, el mero equivalente de las «nociones preliminares» de un tratado de métrica, que luego no aparece: especie de cimientos que no sustentarán ningún muro. Y tampoco encontramos válida la justificación que hemos recordado más arriba, para incluir un capítulo dedicado al verso saturnio (cap. XI); más bien lo consideramos un hermoso broche de oro, con gran despliegue de erudición, pero inadecuado para cerrar un manual de prosodia.

No necesito detenerme en un análisis del cap. V («La prosa métrica y el cursus»), pues ya lo ha hecho un especialista del tema, J. Guillén, en su recensión de la obra que nos ocupa (*Helmantica* 74, 1973, p. 423 s.); según el profesor salmantino, se trata del capítulo «más impreciso». En cuanto al cap. X («Lectura de los versos latinos. Los ritmos clásicos y las lenguas modernas»), fue publicado como trabajo separado por Herrero Lorente en ocasión anterior (*Estudios Clásicos* 12, 1968, pp. 569-582); para su crítica, remito a la respuesta dada por P. Pejenante en su artículo «La adaptación de los metros clásicos en castellano» (*Estudios Clásicos* 15, 1971, pp. 213-234); según Pejenante «Victor-José Herrero toca con una superficialidad extrema dos puntos, la lectura y la adaptación, extraordinariamente complicados» (*art. cit.*, p. 214).

En resumen, la obra defrauda un tanto. Concebida para especialistas, sería de esperar en ella algo nuevo de vez en cuando. Ciertamente tiene la utilidad de ofrecernos en un solo volumen opiniones recogidas de aquí y de allá, pero a veces empobrecidas: tal es el caso de «Las cláusulas ciceronianas» (p. 88 ss.), en comparación con su evidente original, L. Nougaret, *Traité de Métrique latine classique*, Paris, 1956, p. 117 s. Otras veces, con traducciones inexactas: así, en el «Vocabulario de términos métricos» con que finaliza el libro, en la voz *Eólico*, traducción palabra por palabra de Nougaret (*op. cit.*, p. 98 s.), se halla el siguiente enigma: «el grupo así formado tiene el aspecto de coriambo, aunque nada indica que lo sea, y forma una unidad métrica»; la solución de tal enigma la encontramos en el original: «cet ensemble a l'aspect d'un choriamb, mais rien n'indique que ce soit un vrai choriamb et qu'il forme une unité métrique». Se nos puede argüir en nuestra crítica que la obra está dedicada «al alumno que busca un guía o un plano...» pero, pensando que tal alumno será por fuerza el de Filología clásica, ¿no sería antididáctico ahogar, con montañas de opiniones sobre temas tan inalcanzables como el acento y el saturnio, los ánimos del estudiante que se enfrenta a disciplinas tan difíciles como las nuestras?

A pesar de todo, reconocemos que el libro puede interesar a posgraduados en Filología clásica que quieran acercarse con detalle a los problemas en él planteados y encuentren dificultades para la consulta directa del gran número de estudios analizados en la obra de Herrero Lorente. Una reedición más meditada, más unificada y estructurada, con supresión de la parte inútil de ese abrumador acervo bibliográfico, con algún enfoque nuevo, siempre posible en algunos de los aspectos tratados para un autor que ha manejado tal cantidad de datos y teorías, todo ello podría hacer de *La lengua latina en su aspecto prosódico* un libro de enorme utilidad para profesores y estudiantes.

Para terminar, hemos de notar el cuidado esmeradísimo en la corrección del texto, en el que, a pesar de la gran abundancia de palabras y nombres latinos y extranjeros, no se encuentran erratas, a no ser alguna insignificante, como *Anciranum* con *i* latina en la página 18.

A. POCIÑA PÉREZ

PINKSTER, H.—*On Latin Adverbs*, Amsterdam, North-Holland Publishing Company, 1972. 193 pp.

El libro, publicación de una tesis doctoral, consta de tres partes: la 1.^a que trata problemas generales; la 2.^a (capítulos 3-7) contiene una discusión sobre la categoría de los adverbios latinos, el criterio empleado para definirlos, y los nuevos modos de realizar una subclasificación; la 3.^a (capítulos 8-11) aborda la relación entre adverbios y otras palabras también denominadas «no flexionadas» con respecto a su comportamiento sintáctico.

Los problemas generales tratados en la parte 1.^a conciernen a la naturaleza del material que el autor ha manejado (capítulo 1.^o), problemas clasificatorios (capítulo 2.^o). Se refiere al hecho de que un trabajo de lingüística latina se ve seriamente obstaculizado por tenerse que basar en un corpus cerrado. Es consciente, por otra parte, de que el conocimiento de hechos de lingüística general puede facilitar su tarea. En el capítulo 2.^o apunta que la clasificación de conceptos lingüísticos es útil (cualquier tipo de gramática lo tiene en cuenta), y que ello fuerza al lingüista a establecer explícitamente las semejanzas y diferencias entre esos conceptos. Pueden ser clasificados sobre la base de criterios fonológicos, morfológicos y semánticos. No se deben poner objeciones al hecho de utilizar criterios de diferentes niveles para definir clases particulares, ni tampoco para la superposición de clases. Precisamente, dice el autor, el principal reparo que se puede hacer a la clasificación tradicional de palabras dentro de la clase de los adverbios radica en el hecho de que se aducen pocos criterios.

Alude, en el capítulo 3.^o, a que muchas de las palabras que son ahora consideradas adverbios ya lo eran en las obras de gramáticos latinos como Prisciano (*Institutiones Grammaticae*), o Carisio (*Ars Grammatica*), influenciados a su vez por sus predecesores griegos. Ambos criterios, el morfológico de «no flexionados» y el sintáctico de «modificación» (de un verbo), permanecen en la base de dichas clasificaciones de los adverbios. Al igual que ocurre en los modernos gramáticos, su clasificación se basa en consideraciones semánticas.

El principal progreso que se observa en las modernas gramáticas estriba en mencionar, a la hora de definir los adverbios (palabras invariables que modifican a un verbo, adjetivo o adverbio), la relación existente entre, de un lado, los adverbios y, de otro, ciertos adverbios y adjetivos. No obstante, añade el autor, la definición de «adverbio» es ambigua, insuficientemente específica, e inadecuada para describir las características de palabras que son, a veces, consideradas como adverbios (capítulo 4.º).

Los capítulos 5.º y 6.º están dedicados al estudio de los criterios morfológicos y sintácticos mencionados en la definición de adverbio. Respecto al criterio de la «no flexionabilidad» hace la observación de que las recientes sugerencias para describir la relación entre *prudens* y *prudenter* como flexional pasan por alto gran número de dificultades. Examina en el capítulo 6.º el concepto de «modificación», el cual, a su juicio, no está claramente definido. No basta, dice, con aludir al adverbio sobre la base de su «modificación» del verbo. Hay que admitir diversos grados de conexión en su relación con el verbo en lo referente a elementos que son opcionales respecto al verbo.

El objeto del capítulo 7.º es la subclasificación de los adverbios. Propone tres criterios de acuerdo con los cuales puede ser realizada dicha clasificación en una lengua muerta, incluso en los casos en que no hay diferencia respecto a los elementos con los que los adverbios están combinados. Por ejemplo, se observa una diferencia semántica entre *vehementer dicere* ('hablar vehementemente') y *vehementer displicere* ('desagradar en gran manera'), adverbios de modo y de intensidad respectivamente, desde el punto de vista semántico. Se plantea la cuestión de si hay diferencias sintácticas que tienen su correspondencia en otras semánticas. El capítulo está dedicado a cuestiones como ésta. Los criterios aducidos son:

1. Uso de interrogativos. 2. Orden de palabras. 3. Coordinación. En opinión del autor es este tercer criterio el más útil para las subclasificaciones sintácticas de adverbios. En consecuencia, él lo aplica a algunos adverbios latinos.

La última parte del libro (capítulos 8-11) trata de establecer las relaciones existentes entre los adverbios y palabras asignadas habitualmente a otras categorías tales como: interjecciones, preposiciones y conjunciones (de coordinación y subordinación). La característica que les es común, afirma, es la de ser todas ellas indeclinables, invariables o como se quiera denominarlas, esto es, que no pertenecen a las categorías flexionables nominales, ni a la categoría verbal. Se refiere también al hecho de que se las califica comúnmente como «partículas». Tras los rasgos comunes alude a las diferencias: adverbios como formas no obligatoriamente libres, opuestos a las interjecciones; preposiciones construidas con caso siempre (excepto en ciertos contextos bien definidos), frente a los adverbios; conjunciones de coordinación y subordinación con características distintas de las de los adverbios.

Realmente el método empleado por el autor sería, en nuestra opinión, muy útil aplicado al estudio de esta categoría en otras lenguas. Se caracteriza por un gran rigor y precisión. También hemos de hacer constar su interés por la abundancia de material aducido y su buen criterio a la hora de clasificarlo. Tanto por su método como por las ideas lingüísticas subyacentes se centra en los modernos estudios de Sintaxis Estructural. Obra de gran interés y utilidad, en suma.

M.ª A. MARTÍNEZ VALLADARES

MANDILARAS, BASIL, G.—*Studies in the Greek Language. Some Aspects of the Development of the Language up to the Present Day*. Athens, Xenopoulos Press, 1972. 243 pp.

Invitado por distintas universidades sudafricanas, el profesor Mandilaras pronunció una serie de conferencias que se nos ofrecen ahora recopiladas en la presente publicación. La introducción nos advierte ya que, básicamente, el texto es el mismo, tan sólo se ha variado el tema de Kasantsakis por estimar que el lenguaje de este autor está más en armonía con el conjunto de las conferencias.

En la primera de ellas («Confusion of Aorist and Perfect in the Papyri») —pronunciada anteriormente con motivo del XIII Congreso de Papirología— el autor, para precisar mejor fenómenos de época tardía que se apuntan en épocas pasadas, se basa en sus investigaciones sobre 1.200 papiros no-literarios correspondientes al período Ptolemaico y Post-Ptolemaico. Los caracteres lingüísticos que se reflejan en ellos son muy semejantes a los áticos de los tres últimos siglos a. C. Las innovaciones más sobresalientes atañen a la fonología aunque también las hay en morfología y semántica y en ciertos casos están relacionadas con el Egipto y las lenguas semitas. Esa aparente «Koiné» en que están escritos los Papiros presenta dos variantes que se asemejan mucho a las del Griego Moderno «Kazarévousa» y «Dimotikí», es decir: una lengua oficial y otra popular. En ésta están redactados los documentos oficiales, en aquélla las cartas. Quizás sean las últimas las de mayor atractivo para el lingüista por proporcionarnos cuantiosos ejemplos de lengua coloquial, sin despreciar, desde luego, las primeras, que con sus fórmulas estereotipadas sirven de ayuda para explicar algunas variantes fonéticas.

La confusión de aoristo y perfecto está relacionada con el desarrollo de ciertas categorías verbales. De hecho el aoristo va ganando terreno en perjuicio del perfecto. El autor examina los factores de tipo morfológico que han influido en ello, llama la atención sobre las terminaciones -av de aoristo y -ασι de perfecto discrepando del criterio de Sexto Empírico, el cual sostenía que la terminación -av de perfecto es un idiotismo Alejandrino e igualmente del lingüista Moulton que afirma tratarse de una forma vulgar. El, sin embargo, redundante en la idea de que no es más que una forma analógica y defiende su punto de vista remontándose incluso al Griego Clásico con el fin de comprobar las relaciones entre aoristo y perfecto y los factores de uso que han provocado ese declinar del perfecto hasta la actualidad, llegando a la conclusión de que ni el hecho de aparecer este tiempo con más frecuencia en época bizantina es un argumento a su favor porque ya entonces aoristo y perfecto eran idénticos en significado.

La segunda («The New Testament and Papyri») nos ofrece un examen detallado de los elementos más significativos comunes al Nuevo Testamento y a los Papiros. Se comenta, en primer lugar, la influencia indiscutible del Hebreo en el Nuevo Testamento pero se dice que no siempre ha de hallarse peculiaridades del griego, como lo demuestran los Papiros. En fonología vemos con claridad que éstos cambios que se presentan definitivamente completados en el 300 d. C. El autor apenas se detiene en la morfología del nombre; el análisis verbal, por el contrario, tanto en el aspecto morfo-sintáctico como en el semántico, resulta muy ilustrativo y orientado para el que desee conocer con mayor profundidad la historia del Griego Moderno: el aumento, la formación de tiempos, conversión de verbos atamáticos en temáticos, uso y significado de los tiempos, etc. Finalmente, el

léxico de los Papiros y el del Nuevo Testamento, con su marcado paralelismo, ya que ambos fueron escritos utilizando la lengua coloquial, aunque no debemos olvidar que los redactores de los Papiros eran, en su mayoría, gente inculta y los del Nuevo Testamento tenían conciencia de que el contenido de sus palabras no iba dirigido en exclusiva a sus contemporáneos, por lo que elevaron la lengua hablada a nivel literario.

No podía el autor avanzar en su exposición sin aludir al arriba apuntado tema de la llamada diglosia: «Kazarévusa» y «Dimotiki», dos formas de la misma lengua (3.ª conferencia: «Some Aspects of the Language Question in Greece»). La primera, artificial, purista y falsa imitadora de la lengua del Período Clásico; la segunda, natural, hablada, popular, evolución lógica del Aticismo. Ambas crean dificultades en el estudio del Griego Moderno incluso a los propios griegos. Los intelectuales, divididos en «Kazarevussianos» y «Dimoticistas» casi a partir de la dominación turca, van a ser los principales protagonistas de esa lucha por la lengua que se intensificará a lo largo de los siglos XVIII y XIX y adoptará, en algunos casos, posiciones extremas. Vulgaris, Mysiodax, Katartsis, Potiadis, Jristópulos y otros muchos se nos citan aquí como representantes de uno y otro bando.

Creemos que, en la actualidad, la cuestión, a pesar de seguir preocupando, no es tan candente, si observamos, además, que la frontera entre una y otra no es tan tajante. La «Kazarévusa» es aceptada —el presente Gobierno la apoya de forma oficial— pero «Dimotiki» se impone principalmente en los dominios literarios y en el lenguaje conversacional.

Tampoco podía faltar uno de los temas más rico y fecundo del Griego Moderno: La Canción Popular («The Language of the Modern Greek Folk Songs»), profundamente enraizada en la canción antigua y fuente inagotable de inspiración para la poesía contemporánea. Desde la canción cléftica a la de muerte pasando por la canción de cuna y la acrítica, todas ellas nos presentan los variados y múltiples aspectos de la vida y el alma griega. La tragedia, la elegía, el epigrama, los héroes antiguos, se ven reflejados en ellas a cada paso. Ese mundo prolífico y tentador para filólogos y lingüistas como Politis, Jatsidakis, Kukulás, K. Amanatos, N. Andriotis, es al mismo tiempo motivo de serias preocupaciones por el problema que supone descifrar la fidelidad de las fuentes, la alteración de las palabras y sus causas, etc.

De entre los múltiples puntos a considerar, Mandilaras se limita a la fonología, la historia de la lengua y algunos hechos que han influido en la morfología. Hubiese sido de desear un análisis más profundo de estos y otros aspectos como el ya apuntado de la fidelidad de las fuentes, transmisión de los textos, etc.

Psijaris —John Psicharis and his Contribution to the Modern Greek Language— ha sido el punto de controversia del que han partido los mayores avances en pro de «Dimotiki». En esta quinta conferencia Mandilaras nos sitúa al lingüista dentro de su enmarco cultural e intelectual para mejor comprender la situación de la lengua a finales del siglo XIX y comienzos del XX, y la revolución lingüística y cultural que supusieron sus principios e innovaciones orientadoras tanto en fonética como en morfología y lexicología.

Efectivamente, debemos de reconocer el valor de las aportaciones de Psijaris, sin embargo, no estimamos necesario hablar con tanta prolijidad de este lingüista, al que bien pudo hacerse referencia en la tercera disertación.

Las dos últimas cuestiones —«Kazantzakis and Language» y «The Language of Kazantzakis»— están dedicadas a uno de los más destacados escritores de la literatura griega moderna. Aunque gran parte de los estudiosos de Kasantsakis, hayan centrado su atención en «la lucha por la Idea», nos dice el conferenciante, es bien cierto que ese espíritu de lucha se manifestó en otras direcciones y una de las más destacables es la lucha por la lengua. Jamás se encontraba satisfecho, consultaba incesantemente diccionarios, revistas, colecciones de canciones populares, estudiaba griego clásico, revisaba sus obras una y otra vez, es decir, no cesaba en su búsqueda hasta conseguir la palabra exacta, el término apropiado. Su fecundidad y variedad, la fuerza expresiva de su lenguaje y lo esmerado de su estilo han contribuido, de manera definitiva, al enriquecimiento del Griego Moderno.

Kasantsakis aceptó con verdadero entusiasmo las ideas de Psijaris y de los vanguardistas de la «Dimotiki» así como de todos los escritores extranjeros que propugnaban el uso de la lengua popular como medio de comunicación y transmisión de cultura —sirvan de ejemplo nuestra Santa Teresa y Fray Luis de León—. Sabido es que atraviesa diversas fases hasta adoptar una forma definitiva en su lenguaje. Mandilaras nos trae a la memoria aquellas primeras cartas a su padre, siendo estudiante en Atenas, escritas en «Kazarévusa» y, por el contrario, la producción literaria durante su estancia en París donde usa «Dimotiki» de forma incontrolada llevado únicamente de ese entusiasmo ferviente por la lengua materna y por el convencimiento de que ella puede ser el mejor vehículo de cultura.

En cuanto al lenguaje de Kasantsakis, se pasa revista a los fenómenos más distintivos y diferenciadores de fonética, morfología y sintaxis como son el uso de *κ* ante todos los fonemas vocálicos, la variedad de sufijos derivativos, primera persona de plural en *-ομε*, restos del infinitivo clásico, gran abundancia de palabras compuestas, etc., etc. Uno de los rasgos más sobresalientes del lenguaje de Kasantsakis es la abundancia de palabras nuevas; no ha de extrañarnos si tenemos en cuenta su particular sensibilidad para el léxico, que llegaba a extremos sorprendentes como el de sentirse vivamente impresionado y conturbado por palabras hebreas como Abraham o Habbakuk.

La ambientación especial de algunas obras que han adquirido mayor difusión como *Alexis Sorbas*, *Capitán Mijalis* o *Cristo de nuevo crucificado* y el origen cretense del autor han llevado a los conocedores superficiales de su obra o poco familiarizados con el Griego Moderno a hablar del carácter dialectal de la lengua de Kasantsakis. No se puede negar el amor entrañable que sintió el escritor hacia su patria, que se proyecta en expresiones y palabras cretenses, pero ello dista mucho de una afirmación tan gratuita y poco fundamentada.

Alude también Mandilaras a la admiración de Kasantsakis por el Griego Clásico, que le impulsó a traducir a Homero en colaboración con Kakridis y a la composición de su magno poema *La Odisca*. Su esfuerzo fue gigantesco en ambos trabajos e iba siempre alentado por la confianza en los valores humanos del mundo clásico y su validez universal para todas las épocas y culturas y es por esto por lo que exhortaba de continuo a sus ciudadanos a seguir las huellas marcadas por sus antepasados.

Si partimos del epígrafe general dado al presente trabajo volvemos a afirmar que puede dar una visión panorámica de la evolución del Griego Moderno al profano en estos temas y un mayor conocimiento de ciertos aspectos al especialista. Son a éste a quien interesan en especial los dos primeros temas referentes

a los Papiros, donde el autor demuestra el profundo dominio de estas materias, y los dos últimos por el horizonte que abren a todos los deseos de conocer esa fuente inagotable que es la lengua de Kasantsakis. La amplia bibliografía citada en los índices de notas completan y enriquecen igualmente estas conferencias.

Nota.—Ante la imposibilidad de adaptar algunos fonemas griegos a nuestra fonética, se han adoptado las grafías más aproximadas en la transcripción de nombres propios. Así el fonema fricativo sonoro ζ del Griego Moderno sólo puede transcribirse por *s* española. Esta es la razón por la que escribimos Kasantsakis y no Kazantzakis, falsamente adaptado de otras lenguas.

G. NÚÑEZ

III

LITERATURA, HISTORIA Y FILOSOFÍA

PATZER, HARALD.—*Dichterische Kunst und poetisches Handwerk im homerischen Epos*. Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1972. 49 pp.

Las investigaciones de Milman Parry sobre el verso homérico no hallaron eco en la filología alemana, si se exceptúa Albin Lesky. Por un lado causas externas motivaron este desconocimiento. El filólogo norteamericano muere desgraciadamente joven y deja sin concluir su obra. La guerra, por otra parte, y los años que siguieron aislaron la ciencia alemana del extranjero y, en la misma Norteamérica, han de llegar los años cincuenta para que la labor de Parry sea tenida primero en cuenta y más tarde sea reconocida triunfalmente. Con esta breve introducción comienza Patzer su examen sobre una parcela de la filología homérica, sobre la que el libro de Hainsworth, *The Flexibility of the Homeric Formula*, Oxford, 1968, representa la última gran aportación a estos estudios.

La tesis de Parry y su escuela, al defender no sólo una declamación sino también una composición oral de la *Iliada* y la *Odisea* dentro de un estilo formulario muy determinado suponía un peligro para el análisis homérico, que había nacido en Alemania. La idea de una «oral poetry» representaba un serio peligro para el arte y la originalidad homéricas, de ahí la oposición, ahora también fuera del ámbito germanohablante, a las nuevas teorías. Arte y artesanía se encontraban en flagrante oposición. Los seguidores de Parry habían alejado de su investigación todo tipo de criterios artísticos. Reinhardt (*Die Ilias und ihr Dichter*), entre otros, se va a oponer a la explicación de las repeticiones épicas desde una aclaración puramente artesana en un intento de salvar al autor, consciente y artista, de la *Iliada*. Pero, ¿se excluyen realmente «Kunst und Handwerk»? Sobre esta pregunta y la respuesta negativa a la misma se basará la exposición de Patzer, que en autores como C. H. Whitman (*Homer and the Heroic Tradition*) reconoce unos precedentes. Desde esta perspectiva, la obra de Parry no supuso un menoscabo para la valoración artística de Homero y no fue, por ello, como lo ha llamado algún autor (Wade-Gery, *The Poet of the Iliad*), «el Darwin de la filología homérica».

Además, ni a Parry ni a un discípulo suyo como Notopoulos les eran extraños los criterios estéticos a la hora de examinar el resultado verdaderamente espléndido de algún verso homérico construido sobre fórmulas. En la arquitectura sobre elementos ya dados no dejan de reconocer y valorar los representantes de la «oral poetry» (Lord, Notopoulos, Kirk, etc.) un arte original.

Con el estudio de si una fórmula posee un significado general que nada refleja o si, por el contrario, se revela como distintiva en el contexto correspondiente, continúa Patzer su examen.

El poeta tenía a su disposición una rica tradición formularia con un abanico de posibilidades y variantes, en cuya elección demostraba su fuerza poética creadora, algo sobre lo que ya se habían expresado los discípulos de Parry. En la fórmula se distinguen (Patzner) un valor «absoluter», un valor «synonymischer» y un valor «junkturaler». Bajo este triple aspecto se examina a continuación un ejemplo homérico (*Ilíada* XVI 130-154), encuadrándolo en: a) Criterios técnicos y b) Criterios estéticos. Lo formulario es estudiado en sus tres dimensiones principales: grupo de palabras y verso, las llamadas «typische Szenen» (W. Arend, *Die typischen Szenen bei Homer*) y los «grundlegende Handlungsmotive».

En la parte central del trabajo presenta Patzer las variantes métricas y significativas de la fórmula $\omega\varsigma \phi\acute{\alpha}\tau\omicron$, con la que comienzan los versos 130 ss. Las palabras (verbos, nombres o pronombres) que le siguen ponen de relieve el arte del poeta y su interés por resaltar un aspecto determinado: la acción o la persona que la ejecuta. Sin duda son estas páginas las que mejor descubren el buen quehacer del estudioso alemán y en donde, creemos, queda perfectamente cimentada su labor posterior.

Homero nos narra en estos versos cómo Patroclo se arma para la batalla. Esta «escena típica» es estudiada en sus variantes y puesta en relación con escenas igualmente repetidas de la vestidura de un héroe o de un dios y de la armadura de los dioses. La rica y significativa variedad dentro del *typus* nos muestra la genialidad del poeta Homero.

Por último, el autor alemán habla de los cuatro motivos fundamentales y que se pueden incluir en el campo formulario, sobre los que se mueve la acción de la *Ilíada* y cuáles de entre ellos pueden ser demostrados para la épica arcaica griega. Así «das Menismotiv» y «el motivo de la venganza por el amigo muerto a costa de la propia vida» se encuentran en la historia de Meleagro y en la *Aithiopsis*, mientras que la posibilidad para «el motivo del luchador suplente» y para «el motivo de la venganza por el rapto de una mujer» debe quedar sólo abierta, al menos en lo que a la épica arcaica se refiere. Patzer señala igualmente cómo el autor de la *Ilíada*, al usar estos cuatro motivos, tomados todos ellos posiblemente de la tradición, los confiere nuevos usos y significados, que los resaltan y profundizan y en esto se descubre a un poeta de una fuerza creadora poco común.

En este estudio, en el que se ha tomado como base un solo ejemplo, H. Patzer intenta, creemos que con éxito, servir de puente entre las teorías, en ocasiones exageradas, que dimanaban de la escuela de Parry, y los estudios de filología homérica realizados sobre todo en Alemania, en los que la obra del estudioso norteamericano no ha encontrado un reconocimiento debido. Libros como los de Hainsworth (*The Flexibility...*), en donde se examina la flexibilidad en la expansión y contracción de las fórmulas homéricas en términos no siempre aceptables, podían sugerir una pobreza poética en Homero, que Patzer logra desmentir en su estudio del pasaje de Patroclo armándose para el combate. Es evidente, por lo

demás, que Patzer acepta las investigaciones de Parry como descubridoras de una nueva valoración poética del verso homérico. Los estudios ahora escritos sobre todo en lengua inglesa, en donde en su mayoría se aceptan las conclusiones de Parry, han debido de influir en la postura del filólogo alemán, que hoy ya no puede creer en la preponderancia de la filología alemana en este terreno.

La aportación de Patzer, diremos para terminar, es muy valiosa por lo que supone un avance en la comprensión del caudal formulario griego, en los tres niveles que estudia, poniendo de relieve la posible unión entre «Kunst» y «Handwerk», sobre la que se había hecho poco hincapié en trabajos precedentes. En general, su estudio es útil y orientador, además de sugerir nuevas empresas en el siempre fértil campo de la filología homérica.

J. GARCÍA LÓPEZ

SAAKE, HELMUT.—*Sapphostudien. Forschungsgeschichtliche, biographische und literarästhetische Untersuchungen*. München, Ferdinand Schöningh, 1972. 108 pp.

Tras una breve introducción divide Saake su estudio en tres apartados principales con los títulos siguientes: «Entwicklung der Sappho-Forschung», «Die Datierung der Lebenszeit Sapphos» y «Kunstästhetische Beobachtungen zum Oeuvre Sapphos». Al final agrega un «Namenindex», un «Autorenregister» y un «Literaturverzeichnis».

Sigue Saake en «Entwicklung» la aparición cronológica de las ediciones y trabajos generales, sobre todo, de la poetisa de Lesbos desde la *editio princeps* de Henricus Stephanus hasta las más modernas de Gallavotti, Lobel-Page y Treu, pasando por nombres como Dacier, Bergk, Diels, Jurenka, Wilamowitz, etcétera, con referencia especial siempre a las publicaciones de los descubrimientos de papiros.

A través de los trabajos de Bauer, Rohde, Wilamowitz y Schadewaldt principalmente, así como de un estudio del fr. 98 abD propone el autor alemán en «Datierung» el año 612 a. C. para el nacimiento y después del 550 a. C., con una interrogación, para la muerte de Safo. No existe duda alguna, según Saake, para afirmar la posterioridad de Safo con respecto a Alceo, siguiendo en esto a Kock, Wilamowitz, Schmid, Bowra, Lesky, Bengtson, entre otros.

El tercer apartado «Kunstästhetische» es un estudio formal y de contenido de las odas y frs. mejor conservados de Safo, divididos en tres grupos: 1) Himnos κλητικοί (Oda I D, fr. 5/6 D y fr. 25 D), 2) Frs. en relación con el ciclo troyano (Frs. 28 D, 55 abD y 27 abD) y 3) Canciones como las del fr. 98 D, llamada «das Confessio-Gedicht», y los frs. 96 D y 97 D. En todas ellos va examinando y demostrando Saake una unidad de contenido, que en lo formal queda reflejada en el llamado σχῆμα σαπφικόν con un cuerpo central, que puede ser ocupado por un mito o una ἐκφρασις de los sentimientos, sobre todo, amorosos, enmarcado entre un ruego o plegaria con ligeras variaciones. La primela que sustituye a la plegaria al principio del Fr. 27a D no es más que una de las posibles variaciones de la estructura tripartita, visible en las composiciones sáficas, a lo que se puede añadir el encabalgamiento de los versos, las pausas al final de las estrofas y el motivo θέλην, entre otros, que sirven para reforzar la unidad de unas partes principales unidas entre sí por versos de transición más o menos numerosos.

De los tres apartados, en los que H. Saake divide su obra, son, sin duda, el primero y el tercero los que ofrecen mayor interés al lector interesado en los problemas relativos a la gran poetisa de Lesbos. El primero por la ajustada visión cronológica de la historia del texto de Safo y la abundante bibliografía manejada para este fin, que en pocas páginas nos pone en contacto con la problemática textual y con los principales trabajos generales sobre la poetisa. El tercero por el análisis a que son sometidos los principales fragmentos conservados desde los puntos de vista formal y de contenido, resaltando esa estructura evidente en los poemas de Safo, a la que nosotros hacíamos referencia en un artículo titulado «Los 'prooimia' y preludios en los epinicios de Píndaro» publicado en EMERITA 38, 1970, pp. 409-410, aunque allí nos limitábamos, por ser otro nuestro propósito, al examen de la Oda I.

Para terminar diremos que en muy pocas páginas (94), H. Saake consigue dar una visión, si no completa, sí muy útil e interesante de la obra de Safo, empresa nada fácil si se tiene en cuenta el cúmulo de trabajos que ya desde el siglo XVII a nuestros días se han ocupado de esta poetisa.

J. GARCÍA LÓPEZ

WATERS, K. II.—*Herodotos on Tyrants and Despots*. Historia, 15. Wiesbaden, 1971. 100 pp.

Las tiranías griegas están de moda en la actualidad. En los últimos años han aparecido los estudios monumentales de Bengtson y Berve, y los más pequeños de Andrewes y Mossé, por no citar más que los trabajos de más volumen, a los que hay que añadir el libro que reseñamos, que creemos de gran importancia, aunque el número de páginas no sea muy grande.

El libro se subdivide en tres grandes partes, bien distintas; en la primera estudia el autor los tiranos y déspotas a los que alude Heródoto, que es una de las fuentes más importantes para conocer las tiranías arcaicas griegas; por otra parte el escritor griego ha puesto especial atención, como señala bien K. II. Waters, en las tiranías (p. 2), posiblemente por el carácter moralizador de su obra.

Se clasifican en tres categorías: pasa el autor a dar la lista de las tiranías (p. 16 ss.), fijándose en los datos que sobre ellas proporcionó Heródoto; antes había aludido a los tiranos no nombrados por el historiador, prestando especial atención a Fidón de Argos, al que Heródoto nombra sólo una vez, a Hierón y a Periandro. Muy bien está señalada la hostilidad de Corinto contra Samos, por razones posiblemente económicas.

A continuación revisa la opinión de Heródoto sobre los Pisistrátidas, los Ortogónidas, Clístenes, al que presenta el historiador griego en rasgos no marcadamente hostiles, Aristágoras e Histieo; a este último tirano mira con simpatía el padre de la Historia. Alude también Heródoto a los tiranos del Quersoneso. Termina esta primera parte con unas breves consecuencias que se deducen claramente de lo expuesto sobre el pensamiento de Heródoto referente a las tiranías.

Heródoto no tiene antipatía ideológica por la institución, al revés de Jenofonte, Platón y Aristóteles, que señalaron las graves lacras que la tiranía, como forma de gobierno, lleva consigo.

En la segunda parte el autor examina breve, pero concienzudamente, el juicio de Heródoto sobre cuatro reyes de Persia: Ciro, Cambises, Darío y Jerjes. Comienza esta parte con la antítesis que según el juicio del escritor jonio significaban Persia y Grecia, que era la antítesis entre tiranía y libertad, entre bárbaros y griegos. Revisa Waters la opinión sobre la Historia; según Heródoto la divinidad controla los hechos humanos, es decir, la raza humana está sujeta a influencias no humanas o supra-humanas.

Centra su estudio el autor en los cuatro reyes persas mencionados. Examina Waters, bien a fondo, todos los datos que sobre ellos da Heródoto, los compara unos con otros, se mete dentro de la mentalidad del historiador, para poder captar el carácter de los diversos reyes. Esta segunda parte contribuirá, sin duda, a esclarecer la personalidad de los reyes y al mismo tiempo la de Heródoto.

En la tercera parte se encuentra una comparación entre la obra de Heródoto y la tragedia; se analizan los motivos dramáticos de su obra, y los límites geográficos. De particular interés son las páginas dedicadas a νόμος.

En resumen: el libro de Waters es una buena aportación al tema de las tiranías y sobre todo al pensamiento de Heródoto.

J. M.^a BLÁZQUEZ

BERGSON, LEIF.—*Die Relativität der Werte im Frühwerk des Euripides*. Estocolmo, Almqvist and Wiksell, 1971. 117 pp.

Este breve estudio pretende, partiendo de la interpretación literaria de algunas escenas de los primeros dramas conservados de Eurípides, relacionar sus creaciones poéticas con las discusiones éticas contemporáneas. Sensible intérprete de una época de crisis, Eurípides, influido por la sofística y por todo el ambiente intelectual contemporáneo, refleja en su obra la problemática moral de su tiempo. Muchos trabajos filológicos sobre este tema podrían evocarse. El autor cita los de Conacher, Von Fritz, Grube, Kitto, Lesky, Murray, Norwood, Snell, Schmid y algún otro.

Luego pasa a analizar algunos conceptos morales: en I, *Medea* (discusión sobre el honor y la virtud); II, *Hipólito* (el honor y la piedad) III, *Alceste*; y IV, los valores de φιλία y χάρις en la *Hécuba* y la *Medea*.

Los siguientes capítulos, V, VI y VII, recogen las conclusiones y las relaciones con otras piezas y con otras obras de la época. Como se ve, y él advierte, su exposición no sigue un orden cronológico, y no es, ni mucho menos, completa.

En la obra se tocan muchos puntos sugestivos. Así la alusión, tan discutida, a la polémica antisocrática en la *Medea*, o la referencia al conocido texto de Tucídides (III 82, 4) sobre la decadencia del lenguaje moral durante los malos años de la guerra del Peloponeso, alternan con otras relaciones menos divulgadas como la comparación del joven Hipólito, ingenuamente orgulloso de su «piedad», con otros personajes como el joven Cármenes o Eutifrón en los diálogos platónicos. Pero el mérito principal está en el inteligente análisis de algunos pasajes, bajo la perspectiva de la ambigüedad moral de algunos términos valorativos. Es éste

uno de los caminos para abordar el conocimiento del crítico Eurípides y de la significación difícil de su teatro en lo que tiene de más moderno. Por ello creemos que el libro, pese a la limitación y brevedad de su enfoque, se lee con interés y utilidad.

C. GARCÍA GUAL

ZAHNRT, M.—*Olynth und die Chalkidier. Untersuchungen zur Staatenbildung auf der Chalkidischen Halbinsel im 5. und 4. Jahrhundert v. Chr.* Vestigia (Beiträge zur Alten Geschichte), Band 14. München, C. H. Beck Verlag, 1971. 280 pp. + 5 mapas.

La colección «Vestigia», compuesta por trabajos sobre Historia Antigua, ha incorporado a su lista esta obra de Zahnrt dedicada a estudiar la formación de Estados en la Península Calcídica durante los siglos V y IV a. C. La investigación se lleva a cabo teniendo como base los datos aportados por la Arqueología así como también los frutos de un minucioso análisis geográfico del país.

Zahnrt comienza realizando una revisión crítica de las teorías admitidas hasta ahora sobre la procedencia de los calcídios tracios. Más adelante pasa a estudiar la historia de los calcídios entre 480 y 348 a. C., prestando gran atención a la situación de las ciudades calcídicas por lo que se refiere a sus relaciones con la Confederación Atico-Délica y su actitud ante la Paz de Nicias.

Después pasa revista al multiforme desarrollo político que presenta la Confederación Calcídica durante el tiempo de su existencia. Como cierre de este estudio nos presenta el proceso colonizador que tiene lugar durante la época helenística. En esta época se aprecia una notoria concentración en un reducido número de grandes ciudades.

Hasta aquí la parte que podríamos denominar temática. A continuación encontramos la parte documental, integrada por una lista de ciudades y lugares y por los mapas, que constituyen una grandiosa ayuda para la comprensión del texto. En la lista antes citada se explica la historia, hechos notables y la relación con Olinto de cada uno de estos lugares.

En resumen, una obra realizada con gran rigor científico y proporcionando, al tiempo que una clara exposición de los hechos, una abundante bibliografía y un minucioso estudio de fuentes (cf. los estudios sobre SIG I³ 135.143 y P. Oxy. I 13 así como de sobre monedas acuñadas con posterioridad al 379 a. C.)

Por todo ello, consideramos este trabajo de gran interés para el conocimiento de la historia de Grecia en general y del aspecto de la colonización en particular.

E. MATILLA

PADUANO, GUIDO.—*Studi su Apollonio Rodio.* Edizioni dell'Ateneo, Roma, 1972. 243 pp.

El libro se compone de dos partes, de las que la primera («Struttura e significato del monologo in Apollonio Rodio») había sido publicada como artículo en los *Quaderni Urbinate* (núm. 9, 1970). La segunda parte, con el título de «Le due

Medee e il problema della personalità nelle *Argonautiche*, es mucho más amplia que la anterior (ya que ocupa de la p. 61 a la 240) y se halla íntimamente conectada con aquélla, como el autor advierte en el prólogo.

Paduano, autor de un interesante estudio sobre los personajes femeninos de Eurípides (*La formazione del mondo ideologico e poetico di Euripide Alcesti-Medea*, Pisa 1968) analiza aquí la psicología de la dramática heroína de las *Argonauticas*. Su análisis es preciso, con un lenguaje moderno y una gran comprensión ligada a un examen textual muy hábil.

En el primer artículo intentaba demostrar las significativas variaciones que Apolonio aportaba sobre esquemas formales que remontan a la épica antigua; y cómo Apolonio se servía de ellos para expresar nuevos tonos emotivos. La segunda parte, menos atendida a esquemas formales, insiste en la unidad de carácter del personaje de Medea, enamorada primero y fugitiva después, en diversas situaciones dramáticas. Sobre el atento análisis del texto elabora Paduano un comentario profundo, de notable sensibilidad poética e intelectual.

Los cuatro monólogos de Medea, constituidos sobre una pauta formularia con ese «arte alusivo» que caracteriza a nuestro erudito poeta alejandrino, contribuyen a presentar una imagen activa de la agitación y vacilación interior, dramática, de la joven Medea. Están elaborados con gran cuidado, y el análisis señala y matiza el dramatismo de los vaivenes psicológicos de ese ser femenino singular, que es la princesa Medea. En la confrontación, al pormenor, con los recursos formales de Homero y con las expresiones de la *Medea* de Eurípides, sabe el autor detectar esas alusiones con que construye su poesía el alejandrino, al mismo tiempo que señala la fuerza vital de su caracterización.

Se ha discutido bastante sobre la consistencia de esta Medea, ambigua entre su papel de doncella dominada por la pasión amorosa y hechicera apasionada, traidora a su padre y asesina de su hermano, pintada con tonos amables (correspondientes al primer aspecto) en el canto III y con trazos más sombríos en el canto IV del poema. Paduano hace notar la dependencia de sus reacciones de la situación exterior, cómo p. ej. Medea se siente aterrorizada por el temor a la reacción paterna, o cómo solitaria fugitiva entre el grupo de héroes se ve llevada a actitudes extremas.

En conjunto es éste un libro valioso por la finura de su crítica psicológica, hábil en el rastreo de alusiones, y en la discusión de opiniones y prejuicios de otros filólogos. La bibliografía, bastante completa, está muy bien manejada.

Aunque el autor, según dice en el prólogo, no se propone una «revalorización» de la poesía de Apolonio, de un modo directo, lo hace indirectamente al hacernos observar con cuánta matización y dominio ha conseguido el poeta alejandrino la pintura de caracteres tan humanos y tan dramáticamente vivos como su Jasón, o su Medea. Esta revalorización nos parece justa, y en la línea de otros trabajos recientes sobre el poema. Éste que comentamos nos parece ineludible para quien quiera justipreciar el fino talento psicológico de Apolonio de Rodas.

C. GARCÍA GUAL,

LONG, A. A. (Ed.).—*Problems in Stoicism*. Londres, The Athlone Press, 1971. 257 pp.

El presente volumen reúne una serie de diez artículos de estudiosos ingleses sobre algunos puntos concretos de la filosofía epicúrea. «La justificación general de este libro es la falta en inglés de obras que discutan problemas específicos del estoicismo», como dice su editor. Es una falta que han procurado colmar otros estudios recientes, como el libro de B. Mates sobre la lógica estoica (1953; reed. 1973), el de G. Watson sobre la teoría del conocimiento (1966), junto con el de Saubursky sobre la teoría física (1959); y los más generales de L. Edelstein, *The Meaning of Stoicism* (1966) y de J. M. Rist, *Stoic Philosophy* (1969); así como una serie de artículos menores importantes, p. e. de M. Reesor y del mismo Long.

Como el mismo editor señala, la falta de noticias tempranas sobre los argumentos críticos de los primeros estoicos, y la abundancia de textos tardíos, con su insistencia en una moral un tanto sobrecargada de «moralina» retórica, nos han apartado de una correcta apreciación de esta filosofía. («From the Roman period there is copious Writing by Stoics. But the «monumental moralizing dullness», in G. Watson's phrase, of much of it is uncongenial to modern taste and false to the dialectical rigour with which Chrysippus name was associated»).

De los diez artículos aquí reunidos, tres habían sido publicados ya (el de J. M. Rist en su libro; y el primero de I. G. Kidd y el segundo de F. H. Sandbach como artículos en la revista *Classical Quarterly*). Los demás proceden de una serie de seminarios en el «Institute of Classical Studies» de la Universidad de Londres, en el curso 1967-68.

La nota común dominante en todos ellos es la claridad y la precisión crítica con que se enfocan los problemas tratados; y se corrigen, muchas veces con notable agudeza, expresiones o definiciones de obras anteriores, p. ej. la de Pohlenz, o incluso de Zeller, que como punto de referencia general siguen conservando una inevitable presencia en el horizonte. Aunque estos estudios tienen un objetivo concreto, los temas tratados son de una importancia tan central en el sistema filosófico de la Estoa, que el libro replantea muchos problemas claves de la misma. (Con excepción de su vinculación histórica o de la concepción física). Los artículos están muy bien elegidos y la obra tiene cierta unidad, no sólo por el estilo británico de su enfoque crítico, sino por una visible continuidad temática.

Después de señalar estos méritos del volumen, nos limitaremos a enumerar los capítulos del mismo.

Los dos primeros, de F. H. Sandbach, tratan de los términos más discutidos de la teoría cognoscitiva estoica: la *Phantasia Katalēptikē* y la *Ennoia* y *Prolēpsis*, intentando distinguir con la mayor claridad posible el valor de los mismos. Otros tres capítulos tratan a continuación de precisar las relaciones entre la teoría estoica de la expresión y su concepción de la realidad. Son los de J. M. Rist («Categorías y sus usos»), A. C. Lloyd («Gramática y Metafísica en la Estoa») y A. A. Long («Lenguaje y pensamiento en el Estoicismo»). Los tres artículos se siguen y complementan muy bien, y son excelentes como resúmenes críticos; en especial, el último, de Long.

Los otros cinco artículos tratan de temas éticos. Son los de S. G. Pembroke: «*Oikeiosis*»; L. G. Kidd «Valores intermedios y el fin del hombre», Long «Libertad y determinismo en la teoría estoica de la acción humana», I. G. Kidd «Posidonio sobre las emociones», y G. Watson «La ley natural y el estoicismo». Todos ellos

nos parecen importantes. Tal vez el más original sea el de Pembroke sobre *οκε-λωσις*. Pero los demás ofrecen, junto a un resumen del desarrollo de la teoría sobre el problema, un intento de distinguir lo propio de cada pensador dentro del proceso histórico de la doctrina estoica, y una consideración crítica sobre el valor de las aportaciones de estos conceptos en la historia de la ética.

Completa el volumen una selecta bibliografía, concisa, pero útil (a la que hoy tendríamos que agregar la edición de los fragmentos de Posidonio por Edelstein y algunos artículos.); y dos índices, uno de términos y otro de autores, muy bien hechos.

A pesar de su concisión y de la pluralidad de autores, se trata pues de un libro muy útil por su temática esencial, bien delimitada y con un enfoque muy preciso.

C. GARCÍA GUAL,

NARDO, DANTE.—*Il «Commentariolum petitionis», la propaganda elettorale nella «ars» di Quinto Cicerone*. Padova, Liviana Editrice, 1970. 226 pp.

Más que un estudio de conjunto, es éste un conjunto de estudios en los que Nardo aborda el tema de la autenticidad del *Comentariolum* (primera parte) y afronta problemas de crítica textual e historia del texto (segunda parte).

Una vez puesta en duda la autenticidad de una obra, lo único que puede hacerse con garantías de seguridad —dice el A., haciendo suya una frase de Büchner— es demostrar la no-autenticidad. Este libro es prueba de que los argumentos negativos no han conseguido hasta el presente ese «punto de saturación» exigible para dar el tema por resuelto. La Epistolografía, y especialmente la de una época tan azarosa y erizada de intrigas políticas como lo fueron los últimos tiempos de la República Romana, es uno de los géneros más sometidos a esta duda; las circunstancias se prestaban a la aparición de escritos espúreos, y las mismas características del género epistolar —brevedad, abundante empleo de tópicos...— favorecen la imitación. Pero precisamente por eso habrá que estar alerta para no afirmar que existe tal impostura sin argumentos que lo prueben suficientemente. Nardo se pronuncia claramente a favor de la autenticidad, y su postura se ha visto confirmada por el estudio que más recientemente ha publicado C. Nicolet (*REL* 50, 1972, publ. 1973, pp. 163-186); tras la investigación prosopográfica de Nicolet, nombres hasta ahora tejidos por desconocidos «producto de la fantasía de un falsario tardío», se revelan como atestiguados con seguridad en los años 81-45 a. C.

Respecto a la autenticidad defendida por Nardo, mayor interés que las «pruebas positivas» tienen, a mi modo de ver, los argumentos que esgrime contra la opinión de Henderson, según la cual el *Commentariolum* no ofrece más que un cúmulo de tópicos que cualquier conocedor de Cicerón hubiera podido escribir en cualquier momento; Nardo presenta una relación de «divergencias» entre esta obra y los escritos ciceronianos (pp. 129-132). Un argumento claro frente a la pretendida imitación del *Pro Murena* (tesis de Nisbet): giros similares se encuentran en otros escritos de Cicerón anteriores al a. C. 64; el A. podría haber reforzado su argumento acudiendo al léxico de Merguet (no citado), a estudios de vocabulario como el elaborado por Hellegouarch, o incluso al propio *Thesaurus*. Un

ejemplo: al discutir la consideración de *dignus consulatu* (*Comm.* 2) como calco o «eco» de la *Oratio in toga candida*, Nardo reúne (p. 12) documentación suficiente para hacer ver que el giro constituye un lugar común; el artículo de Bogel (*ThLL*, V, 1, col. 1149) hubiera constituido un apoyo eficaz a esta afirmación.

Entiende Nardo el *Commentariolum* como un medio de propaganda, escrito en forma de «epístola familiar», y destinado a instruir no tanto al hermano cuanto a sus posibles votantes: «l'opera... che Cicerone no poteva personalmente scrivere senza screditarsi ma che egli poteva suggerire e ispirare a Quinto» (p. 76). El insistente recurso al carácter «familiar» del estilo, como cosa propia del género, basado en Cic., *Fam.* IX 21.1., parece olvidar la existencia de la distinción que el propio Cicerón establece dentro del género: *Reliqua sunt epistularum genera duo... unum familiare et iocosum, alterum seuerum et graue* (*Fam.* II 4). Por otra parte, recoge Nardo la distinción ciceroniana entre *litterae privatae* y *litterae publicae* (*Pro Flacc.* 37), que entiende como diferencia entre correspondencia de carácter personal y correspondencia destinada a alcanzar un dominio público; parece así confundir el carácter oficial de la correspondencia con la difusión que ésta alcance. Si, como cree Thraede (*Grundzüge Griechisch-Röm. Brief-Topik*, München 1970), la enseñanza contenida en el *περί ἐπισημίας* de Demetrio corresponde a las ideas difundidas ya a finales del siglo II o comienzos del siglo I a. C., no cabe duda de que la carta «privada» es considerada ya en época de Cicerón como un sub-género literario al que se aplica una preceptiva adecuada.

Una indagación sobre los códices humanísticos ha permitido a Nardo enriquecer el *stemma* de Constans con los datos del *Monacensis* 361, colacionado por primera vez; la importancia de este mss. en la tradición del texto queda patente. A la luz de este testimonio reexamina Nardo algunos de los *loci disputati* (pp. 194-203), y ofrece en las páginas finales una edición del texto consecuente con la elección anteriormente justificada.

Entre los pasajes discutidos señalaría únicamente una discrepancia con el criterio del autor; se trata de la elección de la lectura *sorum* (9) (H^c F, Sjögren) entendiendo la expresión *in sororum stupris* como plural enfático. La conjetura de Watt —*sororiis*— tiene apoyo en el *usus scribendi*, argumento que en tantas ocasiones esgrime el propio Nardo precisamente contra las lecturas de HF; por otra parte, la *uariatio* genitivo/adjetivo aparece en: *altera in amicorum studiis*, *altera in populari uoluntate* (16) y en: *no tam ad amicorum studia quam ad popularem famam* (49). Respecto a la grafía *-is* por *-iis* en los codd., puede verse lo dicho por Nardo en la discusión del núm. 35, p. 199; hay que decir además que tampoco la lectura *magistraluum* (16), único caso en que se supone que el autor emplearía el plural enfático, está atestiguada por la tradición.

C. CASTILLO

GIANCOTTI, FRANCESCO.—*Struttura delle monografie di Sallustio e di Tacito*. Firenze, G. d'Anna, 1971. 514 pp.

Contiene el libro de Giancotti tres artículos dedicados a la estructura de las monografías salustianas, y dos a la de las obras históricas menores de Tácito. De las dos partes en que se divide la obra sólo la segunda —la referente a las monografías taciteanas— es inédita. El A. ha descubierto en la composición

de *Agricola* y de *Germania* una línea estructural muy semejante a la que encontraba en las obras de Salustio; relación no prevista en sus primeros trabajos y que da a conocer en este extenso estudio.

Su método de análisis está asentado en la consideración de los capítulos —de cada capítulo— como unidad primaria en la estructura literaria; no tiene inconveniente Giancotti en insertar un largo *excursus* en el estudio sobre la *Germania* para demostrar que la división en capítulos propuesta por Kurfess en la edición de las monografías salustianas no altera en nada, «supposito e non concessio» el admitirla, el esquema estructural por él trazado.

Añade a la habitual distinción de *partes* hecha sobre la serie continua de los capítulos (técnica horizontal), la observación de correspondencias verticales (pasajes paralelos) que conduce al establecimiento de esquemas por simetría de los capítulos correspondientes a cada una de las partes. El esquema presenta un «equilibrio de masas» (la idea está ya en Perret, *REL* 28, 1950, pp. 33-35); el A. hace constar su desconocimiento de las observaciones de Perret al iniciar su estudio.

La aplicación de la técnica de análisis vertical descubre en las obras de Tácito una composición semejante a la de Salustio, aunque con la peculiaridad de que la simetría taciteana es predominantemente «quiástica». El *Agricola*, como el *Calígula* salustiano se deja esquematizar en una simetría desarrollada en «liadas»; Proemio (3 capítulos), frente a Epílogo (3 capítulos); inicio de la carrera (6 capítulos), frente a ocaso (6 capítulos). El esquema bímembre alterna con «triadas»: *Excursus* (10-17), dividido en tres partes (10-12 + 13-14 + 15-17), con un paralelo en los capítulos 30-37, que recogen los discursos y batalla final (30-32 + 33-34 + 35-37); el cuerpo central (18-29) se divide a su vez en dos grupos de 6 capítulos.

En la *Germania* el esquema estructural se traza sobre las indicaciones explícitas del propio Tácito, lo que sirve de confirmación al método empleado por el A.

Las simetrías establecidas por Giancotti contradicen la general cualificación de *inconcinmitas* que suele atribuirse a Tácito, no sólo por su forma de construir el discurso, sino por su técnica de composición literaria, *tantum sui similis*, en expresión de Buchner.

Un libro como éste, que agrupa trabajos elaborados y publicados ya por separado, necesariamente contiene reiteraciones, de las que sólo se vería libre mediante una nueva redacción ya unificada. La forma de exposición resulta a veces excesivamente morosa e insistente, en especial cuando el A. se esfuerza por demostrar su propia originalidad en el tratamiento del tema.

En cuanto a los límites del estudio, precisa Giancotti que están fijados en el establecimiento de las *partes* de las obras estudiadas, sin entrar en la «finalidad» de esas estructuras: se trata únicamente de constatar y hacer patente su existencia. Ante el triángulo que componen autor-obra-público, Giancotti ha preferido centrarse en la relación existente entre el autor y la obra, dejando a un lado, al menos por el momento, la reflexión sobre el papel que concierne al público. La auto-complacencia en la obra de arte lograda, afirma en el estudio sobre el *Agricola*, es ya bastante para el artista.

C. CASTILLO

RIGHINI, V.—*Lineamenti di storia economica della Gallia Cisalpina: la produttività fittile in età repubblicana*. Collection Latomus, Vol. 119. Bruselas, Soc. d'Études Latines, 1970. 102 pp. + 1 mapa.

El libro que reseñamos se ha propuesto, como el título lo indica muy bien, estudiar la producción de materiales de construcción en la Galia Cisalpina.

Es un tema más bien arqueológico y nos atreveríamos a decir de moda, aunque la autora lo ha convertido en histórico, y en un estudio de economía, con un manejo bueno de las fuentes literarias, que analiza en el primer capítulo dedicado a los datos suministrados por Varrón en su *de re rustica* I 14, 4, escritor que es obligado punto de partida para el tema, que descubre unas relaciones económicas y culturales, que Righini señala bien. La autora conoce muy bien el tema desde el punto de vista arqueológico, no sólo en la Galia Cisalpina, sino en toda la cuenca del Mediterráneo y en la Europa Central. Falta alguna alusión a la Península Ibérica, que podría dar luz sobre algunos problemas concretos de relaciones y confirmar algunas hipótesis de la autora.

El libro se subdivide en dos grandes partes, la primera de las cuales se dedica a las fuentes y materiales, y la segunda a la transformación de la economía cisalpina.

La primera parte comprende cinco capítulos y la segunda cinco.

Empieza Righini acotando, en el capítulo segundo, los límites cronológicos y topográficos de su estudio. De particular importancia es el capítulo tercero de esta primera parte, donde se estudian las técnicas y materiales de construcción antes de la romanización.

El segundo capítulo se dedica a los ladrillos en los edificios públicos, privados y funerarios. La autora presta, en el problema de los orígenes, especial importancia a Etruria, como foco de expansión de todas las técnicas constructivas, lo cual es muy probable, dado el gran prestigio de Etruria y su grado de cultura en todos los órdenes. Esta primera parte termina con los centros de producción de este material, que son Ariminum, Aquileya, Faventia y Cremona.

En la segunda parte el capítulo más interesante es el segundo, dedicado a Ariminum, que posiblemente era el centro más importante de toda esta región de Italia. Righini ha podido reconstruir bien, en el capítulo tercero, las condiciones de la vida de los colonos y la difusión de los sistemas constructivos.

Termina el libro con el examen de las fábricas y el estudio de la producción en época cesariana y augustea.

En resumen: el libro de Righini abre nuevos puntos de vista sobre la economía y las relaciones de los pueblos de la Galia Cisalpina.

J. M.^a BLÁZQUEZ

TRAN TAM TINH, V.—*Le culte des divinités orientales à Herculanum*. Leiden, E. J. Brill, 1971. 104 pp. + 29 láms. + 1 plano.

El libro que reseñamos forma parte de la excelente colección de estudios, que dedicados a las religiones místicas publica la editorial E. J. Brill y que tanta aceptación tiene.

Está consagrado a las religiones místicas en Herculano; se subdivide en dos grandes capítulos, en el primero de los cuales cataloga todos los documentos hallados en la ciudad itálica referentes a Isis y a Cibebe. Es un catálogo exhaustivo con un manejo excelente de la bibliografía moderna sobre el tema, discusión de los problemas y de las diversas teorías propuestas por la investigación actual, todo ello dentro de un manejo continuo de las fuentes antiguas sobre estos dioses.

El autor conoce bien el tema de su estudio; ha encuadrado muy bien los cultos orientales, no sólo en el ambiente de la ciudad campana, sino dentro de las corrientes espirituales del momento histórico, y esto, creo que es uno de los mayores aciertos. En este aspecto son importantes las páginas 4 y ss. dedicadas a los monumentos egipcios, donde se sitúan muy bien éstos, dentro de la política de Augusto, Tiberio y Calígula, y se discute la significación de estos objetos de culto en Herculano.

Comienza esta primera parte por examinar los templos de la Gran Madre y de Isis, para pasar a estudiar los monumentos egipcios, el más importante de los cuales es la estatua de Atoum; las pinturas egípticas del tercer estilo, de tendencia arcaizante, pues faltan las imágenes típicas de los cultos isiacos, como Isis-Fortuna, Isis Pharia, Isis Kurotrofa, Serapis, Harpócrates, etc. En estas pinturas cree Tran Tam Tinh que se da inspiración egipcia, pero que la religión isíaca no parece haber encontrado su expresión teológica.

El autor se hace una serie de preguntas sobre la significación de las pinturas sin atreverse a dar una solución totalmente satisfactoria. A continuación estudia las estatuas de culto y votivas isiacas, comenzando por Isis-Fortuna, que son numerosas; las examina en conjunto, posando su atención en los símbolos, y en el vestido, Isis Panthea, Isis Kurotrofa, Harpócrates, siempre comparando estas imágenes con otras aparecidas fuera de Herculano, con lo que el autor denota un conocimiento exhaustivo del tema. Harpócrates ocupa después de Isis el lugar más importante en el culto místico de Herculano. Siguen Bes, cuyas imágenes son pocas, pero de calidad artística excepcional, Zeus-Ammon, Cibebes y Attis. Termina esta primera parte con Sabazios.

La segunda está dedicada a las ceremonias isiacas, que están muy bien examinadas por el autor, el culto del agua sagrada y la danza sagrada. Esta segunda parte creemos que dentro del culto isíaco es muy importante, pues en 20 pp. se estudian detenidamente algunos de los documentos más importantes del culto isíaco, aparecidos en todo el Imperio.

En resumen, el libro de V. Tran Tam Tinh es un buen estudio sobre los cultos orientales en Herculano, y constituye un ejemplo de este tipo de trabajos, que tendrán que consultar en lo sucesivo los que se ocupen del culto de Isis.

J. M.^a BLÁZQUEZ

STRAND, JOHNNY.—*Notes on Valerius Flaccus' Argonautica*. Studia Graeca et Latina XXXI, Acta Universitatis gothoburgensis. 138 pp.

Abre el libro un estudio detallado sobre la introducción de *Argonautica* de Valerio Flaco, donde Strand pasa revista a los distintos versos controvertidos. Lo hace con elegancia y con una rotundidad a veces cegadora. Cómo no evocar aquí su convincente lectura del v. *I prima deum magnis canimus freta peruia*

natis y su discusión con Gelly que propuso leer *nautis*, discutiendo cada aspecto de ambas propuestas y procurando resolver siempre al final su aserto con un argumento más sólido que el que parecería en principio más fuerte en la argumentación contraria. Estupendo es también lo que se enciepra en las páginas nueve a trece sobre el significado de *nubila*, donde el autor demuestra un gran conocimiento de los autores latinos desde Horacio hasta Plinio, para volvernos a convencer otra vez de que la lectura a tener en cuenta en el v. 10 es *habenti*. Y así se podrían multiplicar los ejemplos, pues todo el libro es esencialmente eso, pero escrito como esta de forma continuada, pasando de un punto a otro con gran agilidad. El lector no encuentra nada de la pesadez de la que suele adolecer este tipo de obras en que, desgraciadamente, una erudición pedante suele estar en lugar de un saber cordial, que es cuanto menos lo que merecen los escritores antiguos. Cierra el volumen una bibliografía de ediciones y traducciones y otros estudios pertinentes; un índice de pasajes discutidos y la lista de materias y palabras estudiadas.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

FÉVRIER, P. A.—*Art de l'Algérie Antique*. Paris, Editions E. de Boccard, 1971. 72 pp. + XCVI lám.

El Norte de Africa constituye una magnífica muestra de las culturas mediterráneas de la antigüedad. En su territorio se encuentran ejemplos de manifestaciones artísticas surgidas de una síntesis de las culturas indígenas con las civilizaciones fenicia, griega y romana como las más destacadas. En las artes más simples, cerámica por ejemplo, así como en otras más complejas, tales como arquitectura, se aprecia el fenómeno de una creación artística que conjuga las posibilidades ofrecidas por sus materiales con los métodos y formas recibidas de los pueblos colonizadores.

El N. de Africa, pues, puede considerarse de pleno derecho como una exposición antológica de las artes propias de los pueblos que se han asentado allí.

Mostrar esta evolución y esta síntesis de las manifestaciones artísticas en todas sus facetas y épocas, es el deseo de Février al realizar esta obra con un afán primordialmente divulgador y sin entrar demasiado en profundidades propias de un estudio técnico o arqueológico de alto grado.

Février se ha propuesto ante todo mostrar los ejemplos más representativos del arte antiguo conservado en Argelia por medio de una bien cuidada selección de fotografías. Siguiendo este deseo la mayor parte del libro está ocupado por láminas con fotografías (26 fotos dentro del texto más 96 láminas) que son claro exponente de lo dicho anteriormente: el N. de Africa muestra antológica del arte mediterráneo antiguo.

E. MATILLA

ENCARNAÇÃO, JOSÉ MANUEL DOS SANTOS.—*Divindades indígenas sob o domínio romano em Portugal (Subsídios para o seu estudo)*. Tesis de licenciatura de Historia, leída en 1969 en la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa.

Volumen I: Introducción, abreviaturas y texto, 266 fol.; vol. II: índices bibliográficos, mapa, documento fotográfico, etc. 107 fol., con 69 fotografías. Ejemplar ciclostilado.

La tesis de Licenciatura de J. M. Encarnação, aunque todavía inédita en sentido propio, porque lo que juzgamos es un ejemplar ciclostilado, merece un comentario por su importancia: ha estudiado de un modo muy completo, casi podría decirse exhaustivo, las divinidades indígenas documentadas en territorio portugués, en inscripciones latinas. Hago la precisión «en inscripciones latinas» porque tan pronto como me puse a examinar la tesis eché de menos a las divinidades de la inscripción lusitana de El Cabeço das Praguas, *Trebopala*, *Icona*, *Loimima*, *Trebarune* y *Reue*, si bien estas dos últimas se estudian por estar también atestiguadas en epígrafes latinos.

Encarnação estudia un total de 116 epígrafes, cuya localización puede verse en el mapa que presenta en el fol. 71 del vol. II.

Creo que el mérito mayor del trabajo de Encarnação es el orden, sistematización y seriedad con que lo ha hecho. El primer volumen es el texto de la tesis propiamente dicha. El estudio de los dioses es alfabético, prescindiendo de discutibles y a menudo subjetivas o fantásticas interpretaciones del culto de cada deidad (éste es uno de los defectos de la obra, cuya comparación es forzosa con ésta, *Religiones Primitivas de Hispania*, de Blázquez). Bajo el nombre de cada deidad estudia cada una de las aras o epígrafes que le han sido dedicadas, con o sin epítetos diferenciadores, o con variantes entre ellas, p. ej. *Bande*, *Bandi* y *Bandue*, *Avantius*, *Arentius* y *Arentia*, etc.

Encarnação, como ya lo hicieran Blázquez y otros, da los nombres de las divinidades en nominativo, pero tales formas son a veces peligrosas reconstrucciones, ya que muchos de estos nombres conservan la declinación indígena y sólo se asimilaban imperfectamente a la flexión latina. Por ello creo que hubiera sido preferible darlos tal como aparecen en cada epígrafe, con la indicación del caso en que por el contexto se supone que se encuentra, que en la mayoría de los casos es el dativo.

Dejando a un lado este inconveniente de tipo únicamente lingüístico, el estudio de cada divinidad es, como antes decía, serio y documentado.

Estudia en primer lugar el texto de cada epígrafe —previamente indica cuántos se han dedicado a cada divinidad—, señalando quiénes la han leído y estudiado, fecha de cada publicación relativa al epígrafe total o parcialmente, diferencias de unas lecturas a otras, quiénes innovan o se limitan a copiar o transcribir de los anteriores, y por fin la lectura que se considera buena, si el epígrafe existe actualmente, o la más probable, si ha desaparecido.

Notemos que en general atiende más a la fidelidad al texto que al estudio de los elementos externos del epígrafe, si bien, como es natural, valora de entre éstos más los decorativos, por su importancia en orden al posible tipo de culto. Al final de cada estudio particular y bajo el epígrafe *Observações*, emite su juicio personal sobre la lectura, sobre la interpretación del culto, partiendo de los elementos lingüísticos y decorativos, etc., hace algunas referencias a los nombres de los dedicantes, sobre todo si son indígenas también, y por supuesto, también a otras dedicaciones a las mismas o similares divinidades que se hayan encontrado en la Península, pero fuera del territorio portugués.

Pocas discrepancias podemos notar sobre las interpretaciones de las divinidades. Acaso —tal vez como reacción a las de Blázquez— sea incluso demasiado

canto en algunos casos. Por otra parte, dejando a un lado la ya citada no inclusión de las divinidades de la inscripción de El Cabeço das Fraguas, sería conveniente excluir *Aturnus*, fol., 54 ss., cuyo epígrafe, a pesar de lo que dice Lambrino, si se estudia con cuidado se ve que es funerario y no votivo; lo mismo ocurre con *Nemetius*, fol. 201 s., aunque esto ya lo observa el mismo Encarnação. En cuanto a la inscripción de Marecos, Penafiel (Douro Litoral) a *Nabicca*, fol. 199 ss., como ya indica el mismo Encarnação, es muy dudosa la interpretación que le da el que la publicó, lo mismo que los suplementos que ofrece a sus numerosas lagunas. Pero de todos modos llamamos la atención sobre una palabra de ella. ICONIAT[?] o ICONI[C]AT[?], justamente antes de la relación de animales ofrecidos VA[CC]AT[?], AGNV[S] OVI[?][S], por su semejanza con *Icona Loiminna* de El Cabeço das Fraguas. Allí también se ofrecían una oveja o cordera (?) a *Trebopala*, una cerda «bien cebada» o «de tiernos colmillos» (??) a *Icona Loiminna*, una oveja o cordera (?) de un año a *Trebarum* y un toro semental a *Reue*. Quizá esta larga y raramente interpretada inscripción de Marecos merezca un estudio más profundo, si sus muchos deterioros lo permiten.

Por lo demás y pasando al vol. II, encontramos una amplia bibliografía dividida en dos partes, la primera por autores, con un breve comentario a la obra citada de cada uno, y la segunda por publicaciones periódicas principalmente, citándose los números en los que aparece algún trabajo en relación con las divinidades estudiadas.

Un índice alfabético de los lugares en que se encuentran los epígrafes y el ya citado mapa, acompañado de una relación alfabética y numerada de las divinidades para situarlas en él, nos permite conocer la distribución geográfica de los cultos indígenas en territorio portugués. Sólo hubiera faltado situar aisladamente los más característicos e importantes para completar mejor su conocimiento. Después una relación de los lugares donde se encuentran actualmente las aras que se conservan, y otra de las definitivamente desaparecidas o momentáneamente en desconocido paradero.

Por último una lista de los antropónimos indígenas y latinos de los diferentes a cada divinidad, y como broche, que podemos considerar de oro, la documentación fotográfica de los epígrafes o elementos decorativos notables de las aras. En total 69 fotografías.

En conjunto una obra excelente, que el estudioso de las divinidades indígenas no debe desconocer. El autor ha publicado parcialmente su obra en dos trabajos «Lapides a divindades indígenas no Museu de Guimaraes» y «Vestígios do Culto dos Lares em Território Português», *Revista de Guimaraes* 80, 1970 y 82, 1972, respectivamente, y sigue trabajando sobre el tema de las divinidades como puede verse por su aportación al *II Congresso Nacional de Arqueologia*, Coimbra 1971, 347 p. ss: «O conceito de divindade indígena sob o domínio romano na Península Ibérica», y otros artículos. Mientras no se llegue a publicar completo y aun mejorada esta excelente tesis de Licenciatura, quienes no puedan llegar a conocerla, pueden al menos utilizar estos artículos parciales y ver la forma concienzuda de trabajar de J. M. dos Santos Encarnação.

M.ª L. ALBERTOS

IGAL, J.—*La cronología de la Vida de Plotino, de Porfirio*. Bilbao, Univ. de Deusto, 1972. 129 pp.

Contenido.—El libro, dividido en cinco capítulos densos y bien ordenados, es de una estructura compleja, para cuya lectura creemos necesario tener presente el índice general (p. 9), que es el siguiente: I. «Los datos del problema»: 1. Notaciones referentes a la edad (p. 11) 2. Notaciones referentes a la duración de ciertos intervalos de tiempo (p. 12). 3. Notaciones referentes a los escritos de Plotino, Longino, Amelio (p. 12). II. «El problema»: 1. Las teorías de Oppermann (p. 15). 2. La cronología de la *Vida de Plotino* (= *V.P.*) en la investigación actual (p. 19). III. «Notaciones referentes a la edad»: 1. Análisis de 3, 1-24 (p. 29). 2. Análisis de 4, 1-4, 66-68 y 5, 1-5 (p. 46). 3. Análisis de 3, 1-24 (p. 55). 4. Análisis de 2, 34-39 (p. 70). IV. «Notaciones referentes a la duración de intervalos de tiempo»: 1. El «sexenio» de Porfirio en la escuela de Plotino (p. 77). 2. Estancia de Plotino en Roma y de Amelio en la escuela de Plotino (p. 80). 3. El período ágrafo de Plotino (p. 87). 4. Los 11 años en la escuela de Amonio (p. 89). V. «Notaciones referentes a la cronología de los escritos de Plotino, Longino, Amelio y Porfirio»: 1. Los primeros 21 tratados de Plotino (p. 95). 2. Los tratados 22-45. Tratado 46 (p. 98). 3. Los tratados 47-54 (p. 104). 4. Los escritos de Longino (p. 106). 5. El tratado de Amelio sobre Numenio y Plotino (p. 116). 6. La *Vida de Plotino*, de Porfirio (p. 121). «Conclusión» (p. 123). «Bibliografía» (p. 127).

En los «Datos del problema» (pp. 11-13) se incluyen 10 anotaciones referentes a la edad, 6 sobre los intervalos de tiempo y 13 sobre los escritos. Oppermann tiene el mérito de haber planteado el primero el valor de las notaciones de *V.P.*; pero sus respuestas son frágiles (p. 15); parten del informe del médico alejandrino, Eustoquio, según el cual Plotino contaba 66 años al morir. De este dato dedujo Porfirio las otras fechas de *V.P.* Eustoquio debió suponer también que Plotino se instaló en Roma en su *acmé* (40 años) el 244, y murió el 270. Además, según Oppermann, Porfirio usó indistintamente los números cardinales y ordinales en sus cálculos, incluyendo en los cómputos el año inicial y el terminal de cada etapa, siempre conforme al sistema cronológico egipcio. Estos defectos obligan a revisar el cuadro cronológico de Oppermann, publicado en 1929. Su teoría sobre el uso del sistema egipcio no se impuso. En otras opiniones le siguen con más o menos reservas Henry (1929-1931), Armstrong (1967), Boyd (1937), R. Herder (1960), Schwyzer en Riepauly, Hadot (1963) y Rist (1967). La teoría de que la *acmé* haya influido en los datos no conviene a Henry (p. 22). J. Igal se ve precisado a revisar de nuevo el sistema (p. 27).

En el análisis de *V.P.* 3, 1-24, debe corregirse la teoría de Oppermann y admitir una confesión autobiográfica de Plotino a Porfirio. En ella, Plotino explica la primera manifestación de la conciencia a los 7 años, en el episodio de la nodriza (p. 30). Los otros cuatro datos son puntos culminantes de la vida: conversión a la filosofía a los 28 años, estancia con Amonio 11 años, expedición a Persia, el año 39, instalación en Roma a los 40 años. En esta etapa se plantea el uso del estilo indirecto.

De los pasajes de *V.P.* 4, 1-14, 66-68 y 5, 1-5 deduce Igal que Porfirio llegó a Roma en julio-agosto del 263, estando de vacaciones Plotino, cuya escuela estaba abierta a todos. Plotino tenía alrededor de 59 años y Porfirio 30 justos. Oppermann

y Boyd ven aquí en Porfirio la identificación de los cardinales y ordinales. El hecho es que Porfirio conocía bien su propia edad, y sólo aproximadamente la de Plotino (p. 51). La imprecisión de Porfirio en esta etapa se debe a que calcula las fechas a base de los reinados de los emperadores, desde el primero de Filipo (244/5), cuando Plotino anda alrededor de los 41 (p. 53). De la incertidumbre le saca Eustoquio con la fecha de la muerte de Plotino «cumplidos los 66» (p. 54).

En *VP* 2, 29-31 es importante observar —contra Oppermann— que el informe de Eustoquio es oral y no escrito (p. 56). No es una conjetura la defunción a los 66 años, en el año segundo y segundo trimestre de Claudio (p. 61). Claudio murió en la segunda quincena del mes de marzo del 270 (p. 63); Plotino hacia febrero del 270 (p. 66). Por brevedad omitimos la discusión planteada aquí por el autor.

En *VP* 2, 34-39 Porfirio calcula la fecha del nacimiento a base del dato sobre la muerte, conocido por Eustoquio. El de la conversión a la filosofía lo sabía por el mismo Plotino. Son los únicos datos ciertos. Pero en el cálculo de la fecha del nacimiento se equivoca Porfirio, por «partir de 1, en vez de partir de cero» (p. 72). Al restar 66 de 70, desemboca en el año 13 de Severo, en lugar del año 12 de dicho emperador (abril del 204/205), aunque en realidad Plotino hubo de nacer dentro del año 11 de Severo (abril 203/204); esto supone que, además del error detectado, incurrió en el de contar las unidades de años, sin más, sin contar los meses transcurridos desde el último cumpleaños de Plotino hasta su muerte (p. 75). Los cálculos de Boyd son defectuosos en este punto.

Porfirio estuvo con Plotino desde septiembre del 263 hasta junio del 268, es decir, cinco años incompletos, que transforma en un «sexenio» al hablar de su estancia con Plotino. Según cree Igal, Porfirio incurrió en este cómputo, movido «por el deseo pueril e inocente a un tiempo, de aumentar en dos unidades la cifra de la suma total de la etapa plotiniana de su vida, pero sin faltar, por otra parte, a la verdad» (p. 94). La estancia de Amelio con Plotino no ofrece dificultad. Más imprecisa es la de Plotino en Roma, pues depende de la fecha, no verificada, de sus últimos tratados 46-54, que pudo componer en Roma o en Campania (p. 82). Lo más probable es que los compuso en Roma (p. 84), y tuvo «gran interés en tener a su futuro editor y antiguo discípulo al corriente de sus últimos escritos» (p. 85). Pero aquí se presenta una dificultad: «Plotino permaneció en Roma dando clase y escribiendo hasta los primeros meses del segundo año del reinado de Claudio... otoño del 269 (...) ¿Cómo explicar las notaciones de Porfirio que atribuye a Plotino 26 años completos de estancia en Roma?, es decir, desde el 244 (p. 85). «Análogamente, si Amelio llegó a la escuela de Plotino el año 3.º del reinado de Filipo... lo más pronto en la primavera del 246, no pudo haber partido hasta la primavera del 270... y ya estaba en Apamea al tiempo de la muerte de Plotino» (p. 85). A juicio del P. Igal, Porfirio comete el mismo error en que incurrió al calcular el año del nacimiento del filósofo, el de partir de 1, y no de cero» (p. 86).

Del período ágrafo de Plotino dice el autor: «Amonio debió de morir durante el bienio 242-244, estando Plotino ausente en la expedición militar», y amplía la hipótesis suponiendo a Longino discípulo del Amonio y del Orígenes platónicos (*VP* 20, 36-39). «Sugiero que, al morir Amonio en ausencia de Plotino, Orígenes ocupó la cátedra del gran maestro. Ocupada la cátedra de Amonio, Plotino no tiene nada que hacer en Alejandría, y se sirve de sus amistades romanas para establecerse en la capital del Imperio» (p. 87, n. 46). Antes de trasladarse a Roma —sigue sugiriendo Igal— «firmó con Erenio y Orígenes el pacto referido en *Vida* 3, 24-27» (p. 88). El *terminus a quo* del período ágrafo es la primavera del

2,44, en que Plotino llega a Roma y abre sus aulas (p. 88). «En realidad, 9 años completos y no 10, pero a Porfirio le salen 10 porque cuenta desde 1 y no desde cero. Los sistemas de Oppermann y de Boyd son inviables para dar razón de este pasaje» (p. 89).

Los 11 años en la escuela de Amonio «fueron en realidad de verdad, 11 años completos» (p. 89). ¿Cómo explicar la exactitud de este dato y las inexactitudes de los otros datos de Porfirio? La solución está en que Porfirio se atiene al testimonio de Plotino. Oppermann se ve constreñido a intercalar un año preamoniano; le sigue Boyd. Pero carecen de fundamento (p. 91). Las decisiones de Plotino a llegar a Alejandría debieron ser casi instantáneas. Igal expone así los tres procedimientos descubiertos por él en Porfirio:

1. El primer procedimiento está representado por el cómputo del «sexenio» plotiniano de Porfirio, en que «n años» = «n-2 años completos» + «2 años incompletos».

2. El segundo procedimiento está representado por tres cómputos de «años completos», a saber, los 10 años completos del período ágrafo de Plotino, los 24 años completos de la estancia de Amelio en la escuela plotiniana y los 26 años completos de la estancia del filósofo en Roma. En estos tres cómputos, «n años completos» = «n-1 años completos», debido al error de contar el *terminus a quo* como 1, y no como cero.

3. El tercer procedimiento es el del cómputo de los 11 años completos del período amoniano de Plotino, en que «n años completos» = «n años completos», debido a (...) testimonio directo del propio Plotino» (p. 94). En la n. 69 explica el autor el motivo, achacándolo a «cierta tendencia de Porfirio a destacar su propia persona» lo cual «es visible a lo largo de toda la *Vida*» (p. 94).

Tal es el estudio cronológico de los escritos de Plotino, que Igal analiza estableciendo el ritmo concreto de los tratados con sus dimensiones respectivas en número de líneas y el tiempo en que fueron compuestos. Es un estudio nuevo e importante, necesario para el investigador de Plotino, que no puede resumirse aquí. Tampoco expondremos la discusión nada fácil sobre los escritos de Longino, cuya importancia puede verse en los comentarios de Proclo al *Timeo* (cf. EMERITA, 27, 1959: «La filología de Proclo y su tendencia religiosa», importante para las discusiones entre Longino y Orígenes, el escritor eclesiástico). J. Igal resume la cronología de este período, diciendo: «hay que intercalar un espacio de tiempo... para que primero, Porfirio redacte su recantación y se la remita a Longino; segundo, para que éste escriba una réplica y la haga llegar a Roma (desde Palmira); tercero, para que Amelio escriba una carta a Longino, una carta, que a juzgar por la respuesta, debía de ser de considerable extensión; cuarto, para que Longino replique con otra carta tan voluminosa como un libro», y quinto para elaborar su nueva obra *Sobre el fin* (p. 111).

Valoración de los resultados.—En las pp. 124-126 ofrece el autor un cuadro cronológico de Plotino, desde su nacimiento el 203/4 hasta la composición de la *VP* el 300. Es el resultado final en forma esquemática. La obra de J. Igal por su categoría técnica excelente, dominio de la materia y desarrollo lógico y sagaz es una aportación de gran valor científico, imprescindible para los estudios plotinianos y neoplatónicos, cuya investigación está abierta a una problemática de perspectivas nuevas imprevisibles. Es una época de capital importancia de la filosofía y de la cultura. Probablemente algunos de los datos

del cuadro general serán todavía objeto de discusión, no tanto por los mismos datos cronológicos fijados por Igal, sino por las consideraciones marginales, casi incluíbles, que dan su importancia a la obra, y hemos visto ocasionalmente desarrolladas en los puntos más oscuros de la vida de Plotino, que son la etapa 242-244 y la fecha de su muerte hacia el 270. En la primera de estas etapas las sombras afectan a Plotino. En el 270 el que aparece comprometido es el mismo Porfirio. En otra nota analizamos brevemente ambos puntos. Aquí indicaremos sólo una observación preliminar: El bienio 242-244 es el momento de transición y de liquidación de la escuela de Ammonio. Porfirio nada dice sobre los motivos determinantes de hechos tan raros como el abandono de la escuela de Ammonio, por parte de Plotino, su incorporación al ejército de Gordiano, la huida de Antioquia tras el linchamiento del emperador, la vuelta (probable) a Alejandría, el pacto del silencio respecto a los dogmas de Ammonio con sus condiscípulos Erenio y Orígenes, abandono por segunda vez de Alejandría e instalación definitiva a la sombra del sucesor de Gordiano, Filippo, en la capital del Imperio. Igal apunta la conjetura de que Orígenes (el neoplatónico) ocupó la cátedra de Ammonio, a la muerte probable del gran maestro. Porfirio nada dice de lo que ocurrió en Alejandría para ocasionar sucesos tan raros, sobre todo para la vida de Plotino. El Orígenes neoplatónico —distinto del escritor eclesiástico— no tiene más consistencia histórica que la de una hipótesis de trabajo, excogitada en el siglo XVIII, aceptada por muchos críticos, completamente ficticia para otros muchos. Tampoco hay base para hablar de una «cátedra» de Ammonio, como algo institucional que existiera en Alejandría. Los documentos hablan de la escuela de Ammonio y de su actividad docente, a título personal. La muerte de Ammonio en esa fecha es otra hipótesis desprovista de pruebas.

Lo lógico es pensar que algo molesto y desagradable para Plotino ocurría en Alejandría para que la abandonara dos veces consecutivas, y ocurrieran escenas como la visita mal acogida de Orígenes a la escuela de Plotino, con el desquite del profesor, que abandonó el aula por no hablar ante su condiscípulo (*VP* 14, 20-25); Igal renuncia a datar esta escena (p. 123, n. 1), difícil de encuadrar con su enseñanza en Roma, abierta a todos, y apoyada por la presencia de discípulos de gran prestigio, como Amelio. Ante el silencio absoluto de Porfirio, es obligado recurrir a otras fuentes contemporáneas, y entre ellas a Eusebio, cuya obra contradice a Porfirio en varios pasajes, añadiendo episodios de importancia sobre la escuela de Ammonio. Por brevedad nos tenemos que limitar a la cita de las controversias entre Porfirio y los cristianos desarrolladas en nuestro *Ammonio Sakhas* I, pp. 5-20 y 350-362, donde recogemos las observaciones de M. Langerbeck, anteriores al coloquio celebrado en Frankfurt, en presencia del Prof. Teodoro de Andrés, a fines de junio de 1957, en el que el malogrado Prof. Langerbeck expuso de nuevo su teoría durante una hora confrontándola a continuación con nuestra tesis. Una reunión semejante se celebró con la misma ocasión con el Profesor Harder, fallecido a los dos meses del coloquio (cf. *Ammonio Sakhas*, pp. 2 y 3). Sólo queremos aludir aquí a la intervención de Hieracías, condiscípulo de Orígenes en la escuela de Ammonio (*IIE* VI 19,12) y más tarde impugnador de Orígenes por sus doctrinas malquistas en la Iglesia.

E. ELORDUY S. I.

BRIOSO SÁNCHEZ, MÁXIMO.—*Aspectos y problemas del himno cristiano primitivo. Investigación sobre las formas de los himnos en lengua griega. Theses et Studia Philologica Salmanticensia*, XVII. Salamanca, C. S. I. C., 1972. 136 pp.

Como tantos otros aspectos de la antigüedad tardía, el trato que recibe la poesía cristiana en los manuales no puede por menos de dejarnos insatisfechos. Quasten, Altaner-Stuiber, Bardenhever, Puech, Jordan, Harnack mencionan los himnos del NT entroncados con los salmos, la poesía hebrea y la liturgia sinagoga, los oráculos sibilinos, los oráculos de Sexto, las odas de Salomón, algunos himnos dentro de obras en prosa que parecen tener huella de la métrica cuantitativa y por fin la adopción a partir del siglo IV de los metros griegos clásicos, por parte de los Padres de la Iglesia con Gregorio de Nacianzo y Sinesio de Cirene como principales exponentes. Dos son los centros de interés en torno a los que ha girado hasta el presente el estudio de la poesía griega cristiana: el problema del origen de la poesía cristiana y el problema del paso de la métrica cuantitativa al ritmo acentual, que culmina en la poesía bizantina regida por los principios de la isotona, e isosilabia. Los orígenes de la poesía cristiana, en especial el paso de un contexto litúrgico a la adopción de nuevas formas más en consonancia con la tradición clásica siguen aún en la penumbra por una circunstancia histórica que condenó a la desaparición la mayor parte de los himnos de los tres primeros siglos: la vinculación de esta poesía con movimientos heterodoxos de la Iglesia. Parece que a mediados del siglo II la himnografía cristiana fue cultivada con entusiasmo por los gnósticos en cuyos círculos se estudiaba a Homero; más tarde recibió nuevos impulsos de Arrio que se servía de himnos para la propagación de su doctrina (Filostorgio, *H.E.* II 2). Y si hacemos caso de Tertuliano (*Adv. Marc.* 5, 8; *de anima* 9) los montanistas, movimiento extático de Asia Menor, compusieron también dichos oraculares en forma poética.

Ante esta perspectiva se comprenderá que la monografía del Dr. Máximo Brioso responde a una urgente necesidad de la literatura griega cristiana y este criterio es el que ha presidido la redacción del trabajo que reseñamos, ya que precisamente se ciñe a la época que está menos estudiada, es decir, de los ss. II-IV (p. 11), dejando de lado los himnos del NT y período apostólico que han recibido un trato de privilegio como toda esta época por parte de los especialistas y otros himnos esporádicos de herencia clásica como el de Clemente y Metodio (p. 14). El autor realiza un esfuerzo obstinado por precisar las formas literarias de los himnos cristianos dando muestras de un rigor analítico intachable y de una fuerte concatenación lógica. Parte de un concepto más elástico de poesía capaz de englobar la posibilidad de una poesía en prosa (y capaz de englobar también, pienso, la tradición sapiencial semita tan debatida por lo que a su estructura poética se refiere), ya que los himnos estudiados se han transmitido casi todos en obras en prosa. Se apoya como soporte en la hipótesis de la transmisión oral de B. Gerhardsson y la escuela de Upsala para explicar la conformación formularia de los himnos y plegarias a través del aprendizaje catequético. Y llega a la disección de dos subgéneros de himnos: Himnos litúrgicos e himnos retóricos, distinción y estructuración formal que no se había expuesto hasta el presente al menos con la lucidez expresada en el trabajo. Los himnos litúrgicos son de forma y expresión tan libres como algunas plegarias e himnos muy antiguos del Cristianismo. No tienen ritmo cuantitativo ni acentual sino sólo un lenguaje formulario con clisés que pueden variar según sean los himnos cristológicos o trinitarios. En cambio

los himnos retóricos que aparecen fundamentalmente en los *Hechos* apócrifos de los apóstoles tienen cualidades distintas de los anteriores. Están muy relacionados con el estilo de ciertas homilias primitivas influidas por la segunda sofística, como la homilía de Melitón de Sardes. Las rimas, aunque frecuentes, no presentan regularidad. Se trata de homocoleptos y llevan los recursos de la retórica asiánica hasta el extremo. A diferencia de los himnos litúrgicos, éstos tienen una gama mayor de destinatarios: la cruz, el bautismo, el aceite o incluso el demonio (p. 101). El intento de descubrir en ellos ritmo acentual parece arbitrario. Éstos dos capítulos (4.º y 5.º) me parecen la parte más personal y consistente de la obra. En cambio el primero y el último son demasiado complejos para ser tratados en tan poco espacio y el mismo autor los presenta más como encuadre y sugerencia que como logro definitivo. Por eso me voy a permitir alguna observación como contraste complementario desde una perspectiva más amplia, no como corrección al estudio formal en sí.

Por lo que respecta a la hipótesis de la transmisión oral de Gerhardsson puede adoptarse por sugerente, pero no conviene olvidar las duras críticas a que la sometieron los investigadores del Nuevo Testamento (Cf. W. G. Kümmel, *Das Neue Testament im 20. Jahrhundert. Ein Forschungsbericht*, Stuttgart 1970, p. 38 ss.; y del mismo autor, «Jesusforschung seit 1950», *Theologische Rundschau*, NF 31, 1965/66, p. 25 ss.). Creo que algunas de estas críticas son aplicables a historia de la transmisión de los himnos cristianos y que no se puede hacer excesivo hincapié en la hipótesis de Gerhardsson. Estas críticas afectan también a la afirmación de la p. 18 basada en el mismo autor de que «en la tradición evangélica se llegó a una fijación de los textos sólo en la 2.ª mitad del siglo II». El Papiro Bodmer II que contiene Juan 1-XIV suele fecharse a finales del siglo II y representa ya una recensión concreta del NT (Texto «egipcio» o «neutral»). Pero el pluralismo textual según las regiones no está reñido con una puesta por escrito de los evangelios en la 2.ª mitad del siglo I. En cambio sobre la fecha de la carta de Santiago «probablemente entre los años 50 y 60» (p. 27), dudo que algún crítico la sitúe hoy en día en una etapa anterior al final del siglo I (Cf. Feine-Behm-Kümmel, *Einleitung in das Neue Testament*, Heidelberg 1969¹⁶, p. 301). Comprendo que es incómodo moverse en campos de abrumadora bibliografía como es el de los orígenes cristianos. De una parte de ella se puede prescindir hoy sin gran menoscabo de la investigación. Con todo me atrevo a sugerir dos libros que me parecen fundamentales para la atribución a Jesús del título de *kyrios* (p. 27, núm. 49): W. Bousset, *Kyrios Christos. Geschichte des Christusglaubens von den Anfängen bis Irenaeus*, Gotinga 1913, y F. Halun, *Christologische Hoheitstitel. Ihre Geschichte im frühen Christentum*, Gotinga 1963) Por fin un par de observaciones sobre errores de transcripción del hebreo, excusables en un filólogo clásico y de los que tal vez sean culpables los semitistas por la falta de criterios unificadores. Se puede escoger el sistema de transcripción extranjero o el español; pero lo que el lector en cualquier caso pide es la unificación, es decir que si se transcribe *šemoné esré* hay que transcribir *šema'* y no *shema* (pp. 25, 32 etcétera), pues se trata de la misma letra hebrea; y si en la p. 54 se transcribe *we 'allah* y *we 'al* (p. 107, núm. 258) y *haggadah* (p. 124) habrá que ser consecuentes y transcribir *šemoneh 'esreh, berakah, tefillah, Y'ahveh* y *piyyutim* (p. 105). Asimismo los verbos hebreos se suelen transcribir c con sólo las consonantes o con la vocalización de sonido *a* pero nunca con vocalización *e* como aparece en *berék* = 'bendecir' (p. 26 núm. 46; p. 52, 53, etc.), ya que con vocalización *e* esta misma raíz

hebrea significa 'rodilla' (Cf. Koehler-Baumgartner, *Lexicon in Veteris Testamenti Libros*, Leiden 1963, p. 154). La afirmación de la p. 53 de que «en las partes tardías de los LXX el verbo *berak* puede aparecer traducido por εὐχαριστεῖν y *beraká* por εὐχαριστία», aduciendo citas de Judit, 2 Macabeos y Sabiduría, difícilmente puede pasar de mera suposición ya que en estos tres libros falta el «Vorlage» hebreo; es más, con gran seguridad se puede afirmar que Sabiduría y 2 Macabeos fueron compuestos originalmente en griego.

Estas matizaciones que no afectan a la perspectiva formal literaria de la investigación tampoco quisiera que restaran mérito a esta excelente monografía del Dr. Brioso que podíamos calificar de pionera y paradigmática y que constituye una grata novedad entre las publicaciones en castellano al adentrarse en un campo prácticamente inexplorado y prometedor. Esperemos, como apunta el mismo autor al final de su estudio, que extienda sus investigaciones sobre esta base hacia esos siglos en que culmina la prosa artística de homilias, encomios y vidas de santos que someten los períodos en la cadencia final a la regla de la acentuación del doble dactilo (ss. VI-VII). No dudamos de que un estudio sistemático de esta prosa y su relación con los *kontakia* aclarará también algunos puntos sobre el origen del *kontakion* bizantino.

N. FERNÁNDEZ MARCOS

TROUILLARD, JEAN.—*L'Un et l'âme selon Proclus*. Paris, «Les Belles Lettres» 1972. 194 pp.

J. Trouillard, bien conocido por sus numerosas aportaciones al estudio de la filosofía de Plotino, de Proclo y del neoplatonismo en general, se propone en esta obra, densísima de contenido, exponernos en síntesis las ideas fundamentales del pensamiento de Proclo. Para ello parte de la doble afirmación del filósofo de que el alma, pensándose a sí misma, piensa todas las cosas y de que no puede, por otra parte, pensarse a sí misma sino a la luz del Uno y bajo la moción del Uno. Esto quiere decir que la filosofía de Proclo se mueve en la relación del alma y del Uno —de ahí el título de la obra— y que la filosofía consiste en la autorreflexión del alma desplegando en sí misma la totalidad de las potencias del Uno. Dicho de otra manera, la meditación de Proclo se sitúa en la conexión del *Timeo* y del *Parménides*, los dos diálogos que, leídos el uno en el otro a la luz de la exégesis neoplatónica, compendian quintaesenciado el pensamiento de Platón. De ahí que Trouillard asemeje atinadamente el sistema de Proclo a una elipse cuyos dos focos fueran el alma del *Timeo* y el Uno del *Parménides*, pero una elipse que tendiera a convertirse en un círculo por la coincidencia del centro del alma con el centro de la realidad, que es el Uno: puesto que el alma es el «pleorama» de los modos del Uno, la psicogonía del *Timeo* se desarrolla en el interior de las hipótesis del *Parménides*.

En un capítulo preliminar el autor hace ver que ya para Platón la filosofía consistía en la reflexión integral del alma sobre sí misma a tres niveles simultáneos —racional, intuitivo y místico—, valiéndose de la dialéctica como método fundamental y de la encantación poética como método subsidiario. Si Platón no logró plenamente su intento, ello se debió a dos causas: a la explosión del alma

en una serie discontinua de niveles cognitivos y a la ausencia de una procesión integral. Proclo trató de remediar esta doble deficiencia con su concepción de la mediación del alma, con su redescubrimiento del sentido prearistotélico de la polaridad materia-forma, que en Proclo queda subsumida en la polaridad universal determinante-indeterminado, con su teoría de la «manencia» como el momento no procesivo de la procesión autoconstitutiva del alma y, finalmente, con su visión de la teología negativa del *Parménides* como fuente originadora de una ontología positiva. El resultado de la vertebración de todos estos conceptos fundamentales es la concepción proclusiana del alma como esencial y constitutivamente mediadora, a la vez que recapituladora, de la realidad universal, lo que a su vez hace posible la filosofía y la mística: la filosofía porque el alma, al pensarse a sí misma, puede pensar toda la realidad recapitulada en la contextura constitutiva de su propia esencia, y la mística porque la coincidencia del alma con su propio centro generador en la conversión a sí misma equivale a una coincidencia con el centro universal, en virtud de la immanencia del alma en el Uno. La obra de Trouillard concluye con un capítulo adicional sobre la teurgia. La teurgia se entrelaza con la dialéctica en la obra proclusiana al igual que lo hacía la encantación poética por el mito y la alegoría en la obra de Platón. La dialéctica es la razón movida a impulsos del amor. Pero el amor lleva al mito y el mito a la teurgia —el rito es el mito en acto—, que es un simbolismo operatorio destinado a provocar la presencia de la divinidad en los signos sensibles.

Trouillard, dentro de los límites en que se mueve su investigación, logra plenamente su intento, legándonos una obra de reflexión y de síntesis, llena de atisbos penetrantes, formulaciones felices y fulguraciones luminosas que guían al lector a través de la espesa maraña de una filosofía sumamente compleja. Hurgando encarnizadamente en la corteza de la vasta obra de Proclo, que Trouillard conoce con todo detalle, logra dejar al descubierto el meollo central de su pensamiento. Más de una vez ocurre, no obstante, que el lector atento al desarrollo de la obra cree estar leyendo una exposición de la filosofía de Plotino. Y por eso, al finalizar la lectura del último capítulo, surge inevitablemente la pregunta siguiente: ¿En qué consistió, en definitiva, la aportación específica de Proclo a la historia del neoplatonismo y, en general, a la historia del pensamiento occidental? Esta pregunta no encuentra una respuesta satisfactoria en la presente obra. Es verdad que el autor sabe salpicar la exposición de la filosofía de Proclo con atinadas comparaciones con las de Plotino, Descartes y Espinoza. Sin embargo, estas contrastaciones esporádicas no son suficientes para responder adecuadamente a aquella pregunta. No lo digo a título de reproche —Trouillard no pretende situar a Proclo en la perspectiva histórica del neoplatonismo— sino como mera constatación y con el propósito de sugerir que el mismo Trouillard, equipado como pocos con un profundo conocimiento del neoplatonismo, podría ser tal vez el más idóneo para intentar satisfacer esta legítima curiosidad del lector en una obra ulterior.

J. IGAL

Pseudepigrapha I. Pseudopythagorica, Lettres de Platon, littérature pseudépigraphique juive. Entretiens sur l'Antiquité Classique, tome XVIII. Vandoeu-vres-Genève, Fondation Hardt, 1972. 404 pp.

El volumen que comentamos ofrece una, a nuestro juicio, excesiva disparidad temática, puesto que el solo rasgo en común de los dos primeros temas tratados con el tercero es el versar sobre tipos de textos sospechosos de inautenticidad. De todos modos este defecto queda contrarrestado con crecer con la promesa formal de que la materia será objeto de nuevos «Entretiens», y de ahí la cifra del título, y también por el tratamiento en ocasiones más teórico y genérico del asunto, sobre todo en la presentación (a cargo de R. Syme) y en algunos momentos de las discusiones. En cuanto a este último punto se plantean problemas como la terminología misma, las finalidades de las falsificaciones, la utilidad de una futura aplicación de métodos mecánicos, etc. El tema tiene unas posibilidades casi inagotables, dado que se entrecruzan, por ejemplo, en el terreno de las motivaciones, los aspectos sociales, doctrinales, etc. La masa de las obras seudoeπίgráficas judías de época helenística es un caso transparente de falsificación con finalidad doctrinal y propagandística, en tanto que habrán de buscarse otras causas en falsificaciones más estrictamente literarias. La cuestión de las causas había sido examinada previamente por uno de los participantes en el coloquio, W. Speyer, en su libro *Die literarische Fälschung im heidnischen und christlichen Altertum* (pp. 131 ss.), quizás con demasiado hincapié en las de sentido más utilitario, y es de nuevo tocada aquí en diversos lugares (pp. 7 ss., 85, 91, etc.). La «Gewinn-sucht» concretamente, propuesta por Speyer como motivación de relieve, es rechazada de modo específico por H. Thesleff (pp. 85 y 91) en el caso de los *Pseudopythagorica* dóricos.

Estos son examinados concienzudamente por W. Burkert y un especialista tan caracterizado como Thesleff. El segundo repite sus tesis ya expuestas en obras precedentes sobre la lengua (dórico de Tarento bajo la forma de una *κοινή* griega del Sur de Italia), la fecha (aquí de modo flexible: la «Dorian vogue» de los siglos III y s. anteriores a Cristo sería el marco más idóneo) y el marco mismo: la moda dorizante, más duradera en nuestra opinión de lo que señala Thesleff (cf. Simcsio).

La autenticidad de las cartas de Platón es atacada por N. Gulley, que centra su atención en las «siracusanas», es decir, las ocho que tocan las relaciones del filósofo con la política de Sicilia. Las evidencias externas (contrarias a la autenticidad: cf. p. 112) no deben ser tomadas como argumentos decisivos, de acuerdo con lo usual en este caso. De ahí que, como hará después G. J. D. Aalders, Gulley se limite a los problemas del contenido, sobre todo a las coincidencias y discrepancias con las ideas expresadas en los diálogos postreros. Esta comparación es llevada a cabo de manera altamente convincente y la conclusión, probablemente atrevida, es que la carta VII responde más bien a ideales políticos puestos en práctica por Timoleón, y en consecuencia debió ser redactada después del año 336. Las demás cartas «siracusanas», según la vieja tesis de Karsten, dependen de aquélla, son de distintas manos y sus contenidos contradictorios. La comunicación de Gulley representa, si no nos equivocamos, el momento central del libro y prueba de su interés es el animado coloquio que la acompaña, debiendo notarse en especial los argumentos expuestos contra Gulley (pp. 140 s.) por K. von Fritz y sobre todo contra sus interpretaciones de los diálogos tardíos. Prueba también no ya

del interés sino de los intereses en juego es el carácter opuesto de la intervención de Aalders, el cual, tras resumir los aspectos en favor y en contra (pp. 148-154), llega a la conclusión de que «the political Thought of Ep. VII is fairly compatible with that of the dialogues, especially of the *Politicus* and of the *Laws*» (p. 165). Para el autor, las cartas VII y VIII ofrecen muestras de una verosímil autenticidad (no en cambio la V), en tanto que las numeradas como II, III y IV son «very probably spurious» (p. 174). Aalders, pues, se alinea decididamente contra la conocida monografía de Edelstein, en lo que respecta a la carta VII, eje de todas las discusiones. De un modo complementario Thesleff corrobora también, por razones de estilo (no determinantes nunca en casos semejantes, a nuestro entender), la probable autenticidad de VII; en cambio no de VIII (cf. pp. 180-2), de estilo «almost Isocratean».

El tercer tema es tratado de forma erudita (en los resultados no podemos entrar) por M. Smith, M. Hengel y W. Speyer. La obra se completa con extensos índices, como es lo usual en esta colección.

M. BRISO

IV

VARIA

ZUNTZ, G.—*Opuscula Selecta (Classica. Hellenistica. Christiana)*. Manchester University Press, 1972.

Ningún procedimiento más útil puede haber para festejar a un científico que la publicación en forma de volumen de sus obras de menor extensión. Útil, en primer lugar, para quienes practican una disciplina igual o similar en localidades carentes de amplias colecciones de revistas; provechosa también para quienes trabajan en bibliotecas bien dotadas, al menos por dos razones: primero porque este tipo de recopilaciones suelen recoger las publicaciones aparecidas en colecciones de acceso difícil que faltan incluso en los centros de investigación mejor provistos; segundo porque con frecuencia estas contribuciones «menores» son provechosamente revisadas por el propio autor en el momento de proceder a su compilación. No hemos de olvidar, por último, el importante papel que estas recopilaciones juegan en la pervivencia del nombre y prestigio del autor de los trabajos que incluyen.

Todo el mundo filológico ha de ver con gran satisfacción el nuevo impulso que en tiempos recientes se ha dado a tan noble costumbre; tratándose de un filólogo de la categoría de G. Zuntz esa satisfacción se convierte en auténtica alegría, especialmente porque el muy amplio campo de sus intereses (subrayado en el subtítulo de la obra que comentamos) le había llevado a publicar muchas de sus contribuciones en revistas como el *Journal of Semitic Studies*, excelente, pero no siempre de fácil acceso para el filólogo clásico. Es importante el notar que, además de una ligera revisión de los trabajos aquí reimpresos, el libro que reseñamos contiene en sus pp. 310-3 una serie de «Corrigenda et Addenda» a dos

de sus más importantes trabajos extensos: «The Text of the Epistles, a disquisition upon the Corpus Paulinum» y «An Inquiry into the Transmission of the Plays of Euripides»; este procedimiento, no muy habitual, podría generalizarse con provecho para el caso de obras cuya reimpresión no esté prevista para un futuro próximo. En cambio sí es habitual, y de grandísima utilidad, la presencia (en pp. 314-7) de una muy cuidada bibliografía del autor.

Al reseñar obras de esta índole es inevitable el echar de menos la presencia de uno o varios trabajos cuya aparición se desearía aun a costa de alguno de los recogidos. Aparte de los criterios más o menos objetivos de accesibilidad o excesiva extensión, interviene aquí un elemento manifiestamente subjetivo que haría difícil un eventual acuerdo de los diversos críticos al respecto. Sin embargo, en el caso de G. Zuntz, nos atrevemos a creer en una opinión unánime sobre la conveniencia de reimprimir en forma de opúsculo el clásico artículo «Die Aristophanes-scholien der Papyri» publicado en *Byzantion* 12, 1938, pp. 631-90 y 14, 1939, pp. 545-614, cuya ausencia de esta recopilación es lamentable pese al importante número de páginas que su presencia hubiese supuesto. En cambio, poco incremento cuantitativo habría significado la incorporación del notable «On Euripides' Helen: Theology and Irony», publicado en *Entretiens... Hardt VI*, Ginebra 1960, pp. 201-41, cuya importancia trasciende con mucho a su objeto inmediato para convertirse en modelo de apreciación de una pieza dramática; y aún menos la de un artículo que desconocíamos, pero de cuyo sugestivo título nos informa la bibliografía: «Humanism and History», publicado en *The Congregational Quarterly* 24, 1946, pp. 11-123.

Imposible y aun impropio sería el dar un juicio sobre los 26 trabajos que componen la obra; la mayoría de los que figuran en el índice bajo el epígrafe I «Classica» son bien conocidos y vienen ocupando un lugar destacado en la bibliografía sobre sus respectivas materias; así, por ejemplo, el titulado «Contemporary politics in the plays of Euripides», tan lleno de sensatez en un campo proclive a la fantasía desbordada y tan rico en enseñanzas metodológicas. Un artículo relativamente menos divulgado, y que desde ahora podrá ejercer un influjo más amplio, es el titulado «Earliest Attic prose style», publicado por vez primera en 1939 en la revista *Classica et Medievalia*; aunque en él se estudia fundamentalmente a Antifonte, es rico en enseñanzas más amplias.

Menos conocidos son los trabajos recogidos bajo los epígrafes II «Hellenistica» y III «Christiana». Desde una óptica quizás un poco personal me permitiría destacar las múltiples lecciones que pueden aprenderse de los artículos de crítica textual.

Se trata, en definitiva, de un óptimo volumen que nos permite apreciar una vez más las múltiples cualidades (equilibrio, rigor, profundidad) de un excelente filólogo: G. Zuntz.

J. IJENS

SANTANDER, T.—*Hipócrates en España. (Siglo XVI)*. Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1971. 419 pp.

Al comienzo de la década de los 70 se han visto enriquecidos los estudios hipocráticos realizados en España con tres libros importantes: el de Pedro Lain (*La medicina hipocrática*, Madrid 1970), el de Eulalia Vintró (*Hipócrates y la nosología hipocrática*, Barcelona 1972) y el que ahora nos ocupa. Desde ángulos muy diversos

tratan estos tres autores el tema *Corpus Hippocraticum*. Tan feliz coincidencia temática nos permite adivinar un renacer del estudio de los tratados hipocráticos en España por el que no podemos menos de congratularnos.

Precisamente a este tema de la vigencia de Hipócrates en España está consagrado el libro de Teresa Santander. Es una parte primera, según nos explica la autora, de una empresa más extensa, animada y dirigida por Antonio Tovar, que abarcará otros siglos. El presente estudio se circunscribe al XVI.

El libro tiene dos partes. La 1.^a es un estudio de todos los libros de autor español —o hispánico, no olvidemos la importante contribución portuguesa— que tratan sobre Hipócrates, ya sean ediciones griegas, o bien versiones latinas y españolas o comentarios. La 2.^a es un repertorio bibliográfico completo y detallado de diversas ediciones de estos libros.

En la 1.^a parte dedica la autora un capítulo a cada uno de los tratados hipocráticos que fueron estudiados por nuestros médicos y humanistas del siglo XVI. Dentro de cada capítulo se estudian por orden cronológico las diversas obras que versan sobre el tratado hipocrático en cuestión. Los *Aforismos* es el más comentado. Hay también varias versiones del *Pronóstico*, *las Epidemias*, *Sobre la dieta en las enfermedades agudas*, etc. La autora establece un esquema que aplica a cada libro estudiado. Primero, una breve reseña biográfica del escritor. Luego, una descripción de las diversas ediciones que se conservan y que ha podido manejar directamente, y una discusión sobre las ediciones de existencia dudosa o cuya inexistencia ha comprobado. Sigue un análisis del contenido de cada obra, con especial referencia a las versiones latinas utilizadas por cada autor y a las ediciones griegas. En el caso de que se trate de una traducción directa del griego al latín, coteja minuciosamente diversas correspondencias y hace una crítica de la crítica textual del editor o traductor. Siguiendo este procedimiento se estudian 32 obras relacionadas con Hipócrates escritas por 22 autores diferentes.

La 2.^a parte es un repertorio bibliográfico de las principales ediciones de cada una de las obras estudiadas en la parte primera. Consta de 78 «fichas» bibliográficas, en las que se reproduce un facsímil de la portada y se describe de acuerdo con la técnica bibliográfica cada portada y algunas páginas relevantes. Se añade la información de las bibliotecas en que se encuentran estos ejemplares, con indicación de la signatura correspondiente.

No dudamos de que la obra de T. Santander será un útil instrumento para los historiadores del humanismo español en esa nueva y sana orientación que, al margen de controversias ideológicas y vana patriotería, pretende describir de forma sólida, objetiva, detallada y bien fundamentada las realizaciones de nuestros humanistas.

Para la historia de la medicina, que corre pareja a la del humanismo en la época renacentista, se encuentra también en este libro un repertorio de datos nada desdeñable. Ellos nos ilustran, por ejemplo, sobre la coincidencia en nuestros médicos del siglo XVI, de la veneración por los clásicos de la medicina griega con el espíritu inquisitivo científico y el interés por las posibles aplicaciones de las teorías hipocráticas.

También hay en la obra de T. Santander nuevos datos que son un valioso complemento para la historia de la tradición del *Corpus Hippocraticum*, de la cuestión hipocrática —que preocupó a autores como Vallés, Cuéllar y Luis de Lemos— y para los difíciles problemas de crítica e interpretación de las sentencias hipocráticas. La reconsideración de las conjeturas textuales y de las varias ver-

siones latinas transmitidas o redactadas por nuestros comentadores del siglo XVI pueden ayudar en la tarea nunca concluida de la fijación del texto hipocrático. (Véase, como muestra, las discusiones de Esteve, en la p. 86 ss., sobre las *Epidemias*, o las de Vallés, en la p. 96 ss., sobre el mismo tratado, y en la p. 106 ss. a propósito del *Sobre la dieta en las enfermedades agudas*.)

Es de alabar la minuciosidad y paciencia que ha demostrado la autora en la colación de las traducciones latinas originales de nuestros cruditos con las primeras ediciones griegas, como la Aldina de 1526, la de Cornarius impresa por Froben en Basilea en 1538, las de Puchs, Poes, etc., y con otras versiones latinas también utilizadas por nuestros humanistas, a veces, sin mencionarlas expresamente, como son la vieja *Articella* atribuida a Constantino el Africano, y las versiones de Cornarius, Laurentianus, Leonicensis, Mercuriale, etc.

Otro logro que merece nuestro aplauso consiste en la rectificación de errores bibliográficos imputables, entre otros, a Nicolás Antonio, Hernández Morejón, Chinchilla y Menéndez y Pelayo (cf. pp. 36, 44, 76, 93, 105...). Las pruebas aducidas son suficientemente convincentes y demuestran lo fácil que es el desliz en este terreno tan inhóspito de la investigación y lo meritorio de un trabajo concienzudo y paciente.

En cuanto al carácter general o tono que preside el libro, hay que señalar como un valor positivo esa austeridad o modestia que supone ceñirse al objeto de investigación procurando desvelar todos los puntos realmente significativos, sin dejarse llevar a consideraciones de tipo general o visiones panorámicas que corresponden a otro tipo de empresas. Ello no impedirá que el interesado en hacerse una imagen verídica de lo que era el humanismo y la medicina en el siglo XVI español encuentre en el libro elementos fiables y valiosos para ese difícil empeño. El lector avisado podrá, por ejemplo, ir hilvanando con los datos aportados por la autora, la trayectoria o evolución de la medicina desde las posiciones todavía medievales de un Bernardino de Laredo o un Tárrega, hasta los Vallés, Cristóbal de Vega, Esteve y Enrique Cuéllar, con su actitud ya propia del humanismo renaciente, con cierta capacidad de crítica filológica y una preocupación científica positiva urgida por el ejercicio y la docencia de la medicina.

Otros temas aludidos —aunque no tratados directamente— por este libro, y para los que se pueden encontrar en él noticias interesantes, son la historia de nuestras universidades, incluida la facultad de medicina de Coimbra; el papel del mecenazgo de Felipe II (caso, p. ej., de Vallés y Vega); la Inquisición y la ciencia española, etc.

Junto a los méritos de fondo encontrados en este *Hipócrates en España*, debe destacarse la forma: la bella tipografía y cuidada edición que contribuyen a hacer más grata su lectura. La pulcritud de la presentación hace menos excusables las erratas de los textos griegos, especialmente en materia de acentos y espíritus, erratas de impresión que no dudo se corrijan en sucesivas ediciones.

A. LÓPEZ PEGO